Bienvenido Morros Mestres
Vida y poesía de Boscán y Garcilaso.
A propósito del Gran Duque de Alba.
Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, LXXXIV, 2008, 13-58.

VIDA Y POESÍA DE BOSCÁN Y GARCILASO. A PROPÓSITO DEL GRAN DUQUE DE ALBA

Para don Marcelino Menéndez Pelayo, reivindicando una vieja teoría

El Gran Duque de Alba tuvo una larga y ajetreada vida (29 de octubre de 1507-11 de diciembre de 1582) en la que protagonizó episodios muy importantes, y duros, de la historia de nuestro país a lo largo del siglo XVI. De esa vida me voy a centrar mayormente en los años en que España estaba gobernada por el Emperador Carlos, la España de los primeros poetas petrarquistas, la España del Renacimiento y la reforma.

Don Fernando debió de convivir con la mayoría de esos poetas de nuestro Renacimiento, pero no llegó a ser personaje que despertara demasiado interés, al menos poético, como tema de sus obras, entre todos ellos. Hay sin embargo excepciones de la que hablaremos enseguida. De la larga lista de poetas que nacen entre la primera y segunda década del siglo, y que empuñaron la espada, muy pocos le dedicaron al Gran Duque alguna de sus obras. Nada hallamos en la producción de Hernando de Acuña (1518-1580?), tan inclinado al poema heroico, ni en la de Diego Hurtado de Mendoza (1503 o 1504-1575), y sólo Gutierre de Cetina (entre 1514 y 1517-antes de 1577) le escribe un soneto de alabanza aunque no sabemos en qué época, y si con motivo de alguna de las hazañas militares de don Fernando. Al subrayar no sólo el valor de don Fernando, sino también su saber, Cetina parece que para el elogio debió basarse en la égloga II de Garcilaso, en cuyos versos pudo informarse de esa segunda faceta, menos conocida, del duque. Por tanto el soneto debió escribirlo después de 1543 y antes de su primer viaje a Méjico, a principios de 1550.

Entregado: 20 de septiembre de 2007. Aceptado: 1 de febrero de 2008.

Boscán

Nuestro primer poeta del Renacimiento, el que publicó el primer cancionero petrarquista (el libro II de sus *Obras*), es decir Juan Boscán, asumió la tarea de educar al futuro duque, a quien, a pesar de tan estrecha relación, sólo menciona una vez en sus versos, y lo hace como posible autor de un villancico que decide editar entre sus coplas castellanas. No se refiere en ningún momento a esa labor educativa, ni tan siquiera en el prólogo a su traducción de *El cortesano*, y únicamente habla de ella su amigo Garcilaso en la égloga II a propósito de la formación intelectual y militar del duque. Vale la pena leer íntegro el pasaje en que el toledano describe a su amigo Boscán en semejante faceta:

> Miraba otra figura d'un mancebo,
> el cual venia con Febo mano a mano,
> al modo cortesano; en su manera
> juzgáralo cualquiera, viendo el gesto
> lleno d'un sabio, honesto y dulce afeto,
> por un hombre perfeto en l'alta parte
> de la difícil arte cortesana,
> maestra de la humana y dulce vida.
> Luego fue conocida de Severo
> la imagen por entero fácilmente
> deste que allí presente era pintado:
> vio qu'era el que habia dado a don Fernando
> su ánimo formando en luenga usanza,
> el trato, la crïanza y gentileza,
> la dulzura y llaneza acomodada,
> la virtud apartada y generosa,
> y en fin cualquiera cosa que se vía
> en la cortesanía de que lleno
> Fernando tuvo el seno y bastecido.
> Después de conocido, leyó el nombre
> Severo de aqueste hombre, que se llama
> Boscán, de cuya llama clara y pura
> sale'l fuego que apura sus escritos,
> que en siglos infinitos ternán vida.[1]

[1] Garcilaso*, Obra poética y textos en prosa*, ed. Bienvenido Morros, pp. 201-202 De aquí en adelante todas las citas del toledano se harán por esta edición.

Téngase en cuenta que Nemoroso narra lo que el río Tormes muestra en imágenes al fraile Severo Marini, y que por tanto el sujeto de «Miraba» es el propio fraile, que primero se ha reconocido a sí mismo en la urna del río y después a Boscán, de quien también lee el nombre. Si Garcilaso presenta a su amigo de Barcelona «mano a mano», en pie de igualdad, con Febo es porque sabe que ese dios lo es de las virtudes intelectuales, precisamente las que el educador se propone inculcar a su discípulo. Pero las virtudes intelectuales que Boscán intenta enseñar al futuro duque no son, para el toledano, las de un humanista sino las de un cortesano, y para ese efecto considera al tutor como máximo experto en esa materia (lo llama «hombre perfeto en la alta parte de la difícil arte cortesana»), pensando sin duda en su tarea como traductor del diálogo de Castiglione, que el barcelonés publicó en abril de 1534, es decir, mucho después de que se ocupara de la formación de don Fernando.

Si en el fondo está diciendo que por ser tan buen cortesano el gran duque sólo pudo educarlo quien en España era la primera autoridad en la materia, Garcilaso podría estar ofreciendo una simple conjetura, pero parece que no lo fue, porque conservamos dos documentos, sacados a relucir por Martín de Riquer, en que primero don Fadrique y después el propio don Fernando compensan al barcelonés por los servicios prestados, y aunque en ningún momento se detallan esos servicios cabe pensar que deben ser los relativos a la educación del nieto.[2] El primero de los dos documentos está fechado el 15 de diciembre de 1529 y en él se hace constar que el entonces duque (don Fadrique) dona a Boscán 600 ducados con motivo de su boda con doña Isabel Malla. El duque, sin embargo, no tuvo que desembolsar esa cantidad, sólo pagadera quince días después de celebrado el matrimonio, porque Boscán nunca llegó a casarse con esa dama, y desconocemos las razones de ese negativa, quizá, pero sólo quizá, achacable a sus veleidades amorosas. En el segundo documento, datado el 5 de julio de 1533, don Fernando da a sus tesoreros las siguientes instrucciones, también a propósito de las nupcias de su maestro:

> Que por los muchos servicios que Juan Boscán, vecino de Barcelona, le hizo y espera le hará, y porque las mercedes que el Duque, mi señor, difunto, y yo le hicimos no tuvieron efecto, ni otra merced que yo le hice estando en mi ciudad de Coria el año pasado de 1528 [sic], que fue antes que yo sucediera en mi estado… le hago merced de 2500 ducados para

[2] Stewart y Falcó, James, duque de Berwick y de Alba, *Contribución al estudio de la persona de don Fernando Álvarez de Toledo*, p. 23, afirma que Boscán llegó a Alba de Tormes en 1520 y que por sus servicios recibió un sueldo anual de 107 ducados.

> ayuda de su casamiento. El tesorero Francisco de Cárdenas le dé 1000 ducados en la feria de Medina.[3]

En este caso nuestro duque se refiere a servicios prestados por Boscán tanto en el pasado como en el futuro, pero nada dice de la naturaleza de esos servicios. Entre los del pasado, anteriores a 1533, cuando todavía no había cumplido los veintiocho años, habría podido pagar al barcelonés por su tarea como educador, para lo que ya lo debió contratar don Fadrique, quien también quiso compensarle cuando supo que el poeta catalán tenía la intención de contraer matrimonio en 1529. El gran duque en 1533 lo premia con idéntico motivo, pero parece poco probable que sea por la boda con la misma dama que entonces, doña Isabel Malla, sino con otra, doña Ana Girón de Rebolledo, con la que bastantes años después, en septiembre de 1539, acabó por fin casándose. No sabemos por qué a Boscán le costó tanto dar ese paso, pero la verdad es que frustró el primer matrimonio y retrasó seis años el segundo y ya definitivo.

Los primeros biógrafos del gran duque, a la hora de hablar de sus educadores, suelen silenciar el nombre de Boscán para aducir otros italianos, de los que hablaremos más adelante, y solo el poeta de la Ilustración Manuel José Quintana lo menciona explícitamente como ayo suyo:

> Su abuelo don Fadrique de Toledo diole por ayo al célebre Boscán, tan sonado en los fastos de nuestra poesía por la parte que tuvo en la introducción de los ritmos italianos, pero más señalado todavía entre sus contemporáneos como un dechado de virtud, igualmente que de cortesanía y discreción.[4]

Para ese dato da la impresión que Quintana maneja la misma fuente que nosotros, los versos que hemos leído de la égloga II de Garcilaso, con quien coincide al considerar al barcelonés «dechado… de cortesanía», después de recordar esa faceta de ayo o consejero. Sin embargo, un contemporáneo de Boscán, nacido como él a finales del siglo XV, el cronista y bufón don Francesilla de Zúñiga, en su *Epistolario*, refiere una anécdota que podría usarse como el mejor testimonio de la relación entre el barcelonés y los cortesanos del séquito imperial. En una carta a la reina de Francia doña Leonor, la hermana mayor de Carlos V, el cronista, entre otros hechos de escasa importancia, explica que don Fernando le había compuesto unos

[3] Los dos documentos están aducidos por Martín de Riquer, *Juan Boscán y su cancionero barcelonés*, p. 16.

[4] Véase Marcelino Menéndez Pelayo, *Antología de poetas líricos castellanos*, p. 38.

versos, y reproduce el comentario que don Pedro, futuro virrey de Nápoles, dedicó a Boscán al conocer esa faceta de su sobrino:

> Diréis al duque de Alba [don Fadrique] que su nieto me ha hecho media copla, y como el marqués de Villafranca lo oyó, dijo a grandes voces a Boscán: '¡Cuánto os debemos la casa de Alba, pues que a nuestro mayorazgo habéis hecho trovador!'.[5]

La anécdota no es demasiado difícil de fechar, porque sucede cuando doña Leonor de Austria ya es reina de Francia y todavía está vivo el abuelo de nuestro duque, don Fadrique. La hermana mayor del Emperador se casa primero por poderes en Toledo y después de presente en Illescas con el rey galo Francisco I los días 21 y 26 de febrero de 1526 respectivamente,[6] y el segundo duque de Alba muere en octubre de 1531. En la carta, don Francés introduce una precisión más al hablar de las «muchas fiestas» que don Luis de Rojas había hecho «a su majestad aquí en Lerma» (57 a), y el Emperador, entre esas dos fechas, pudo estar en esa localidad en los últimos meses de 1527 o los primeros de 1528, cuando había trasladado la corte a Burgos después de abandonar Valladolid por un brote de peste y antes de dirigirse a Madrid, adonde llegó el 7 de marzo.[7] Si en esos meses entre los años 1527 y 1528 el tío de nuestro personaje llegaba a bromear con Boscán por haber hecho de su sobrino todo un trovador, es porque realmente el poeta catalán ejerció algún tipo de influencia, aunque sólo fuera literaria, sobre el noble abulense. La anécdota tendría el mismo valor incluso si pensamos que se la pudo inventar don Francesillo, y no pierde credibilidad por hacerse eco de una actividad en la que nuestro personaje no se prodigó demasiado. Pero de eso hablaremos un poco más adelante.

Curiosamente Boscán prestó un último servicio al gran duque cuando ya había abandonado la corte imperial y se había instalado en Barcelona después de su boda, la de verdad, con doña Ana Girón de Rebolledo en septiembre de 1539. Don Fernando tenía la misión de defender la ciudad de Perpiñán que había sido sitiada por las tropas

---

[5] Francesilla de Zúñiga, *Epistolario*, en *Curiosidades bibliográficas*, ed. Adolfo de Castro, p. 57 a. El texto también está reproducido por Marcelino Menéndez Pelayo, *Antología*, p. 42.

[6] Así lo narra Fray Prudencio de Sandoval en su *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*, XIV, 5, ed. Carlos Seco, p. 330.

[7] Precisamente el humanista Juan Maldonado sitúa la acción de su *Paraenesis ad politiores literas* (Burgos, 1529) en esos años en que el emperador se instaló en la ciudad castellana y el autor pudo conversar con Andrea Navagero sobre el sistema educativo español, muy deficiente para las necesidades y posibilidades del país. Véase Eugenio Asensio y Juan Alcina Rovira, ed., *«Paraenesis ad literas», Juan Maldonado y el humanismo español en tiempos de Carlos V*, pp. 124-125.

francesas en julio y agosto de 1542, y para dirigir todas las operaciones en la frontera catalana pidió la ayuda a su antiguo ayo, quien al parecer no dudó en acompañarlo, dejando muchas tareas interrumpidas, entre ellas la publicación de sus obras y las de Garcilaso prevista para ese año. El caso es que Boscán enfermó estando en Perpiñán y que, por esa razón, decidió regresar a Barcelona, pero murió en el recorrido de una ciudad a otra el 21 de septiembre. El Gran Duque había contratado al poeta barcelonés para «el oficio de conservador de las marcas de Cataluña», esto es, la defensa de la frontera catalana, y se había comprometido a pagarle un salario de 35 ducados después de hacerle la donación de 1000 maravedíes. Esas cantidades son las que reclama, en instancia dirigida al propio emperador, la viuda del poeta el 6 de octubre, sólo dieciséis días después del fallecimiento de su marido, quien debió dejar su ciudad natal no antes de julio, porque don Fernando aún se hallaba en Navarra el mes anterior.[8]

De todos estos datos se desprende que Boscán tuvo una estrecha relación con el gran duque, con quien coincidiría en la corte desde 1520 hasta principios de 1535. En la década de los años treinta pudo formar parte de los asistentes a la primera Academia que debió reunirse en torno a la figura don Fernando en su palacio de Sotomayor en la Abadía cacereña: en su obra *El peregrino curioso* (Madrid, 1577), Bartolomé de Villalva y Estaña describe en los jardines de ese palacio una fuente en que aparece una estatua de Boscán tomando unas uvas, y Lope de Vega, en un poema sobre ese lugar, alude a los poetas que crearon una especie de Parnaso en torno a la figura del gran duque, y entre ellos menciona el espíritu de Garcilaso[9]. Sin embargo, el barcelonés no le dedicó a su discípulo y señor ni un solo poema, y si no lo hizo seguramente es porque solo quiso ser un poeta lírico, nada épico y poco amigo de panegíricos. Como destinatarios de sus obras escogió a relevantes personalidades de la época, de la alta nobleza, pero siempre relacionados con la cultura o con los proyectos intelectuales que llevó a término. Por ejemplo, si consagra todo su volumen de poesía, en que reproduce sus obras y las de su amigo Garcilaso, a doña Beatriz Fernández de Córdoba, nieta del Gran Capitán y duquesa de Soma desde 1539, es porque la considera una persona adecuada para valorar las novedades que ofrecía en sus cuatro libros de versos. Doña Beatriz, al igual que su hermano don Gonzalo, se había formado en Italia, y es por eso que se convierte en la

[8] La instancia aparece reproducida por Martín de Riquer, *Juan Boscán y su cancionero barcelonés*, pp. 219-220.

[9] Véase al respecto Miguel Ángel Tejeiro Fuentes, «La Abadia cacereña o la Academia literaria de los Alba», *Revista de estudios extremeños*, pp. 569-587. El autor de tan espléndido trabajo cree que el villancico colectivo que analizaremos a continuación pudieron componerlo sus colaboradores durante alguna sesión de esa Academia.

interlocutora de la carta que el barcelonés escribe muy a última hora para presentar su libro II, el primer cancionero petrarquista impreso en lengua española. Debió pensar que nadie como la condesa para enjuiciar los nuevos rumbos que anuncia en la carta que le dirige. Si en ella decide mencionar al conde de Soma, al marido de doña Beatriz, don Fernando Folch de Cardona, es porque lo considera, y con mucha razón, el mejor promotor y divulgador de las obras de Ausiàs March, a quien parece descubrir, o al menos reivindicar, un tanto tardíamente, después de su boda con doña Ana, en septiembre de 1539. Y si, finalmente, cierra el libro I, libro más petrarquista de lo que parece, con un poema enderezado al Almirante de Castilla don Fadrique Enríquez, primo hermano de su tocayo el segundo duque de Alba, es porque el Almirante representa mejor que nadie la tradición que cultiva a lo largo de ese libro, que es la de la poesía en verso octosílabo.[10] Para esos proyectos, concentrados en una misma obra, parece que no tenía cabida la personalidad de nuestro Gran Duque. Sin embargo, es posible que no quisiera mencionarlo en ninguno de esos lugares tan destacados porque sabía que en el último libro del volumen se le rendía especialmente a él pero también a toda su familia el mejor homenaje a través de los versos de su amigo Garcilaso.

Boscán podía haberle dedicado otra de la que hemos hablado anteriormente, la traducción de *El cortesano* de Castiglione, publicada en abril de 1534, cuando empezaba a abrazar la idea de abandonar un mundo que había sido el suyo desde que era un adolescente. Si en fecha no muy posterior Garcilaso en la égloga II subraya la mejor cualidad de don Fernando, su ejercicio de la cortesanía, para ponerla en relación con el autor que más había hecho para definirla, el barcelonés podía haberle reservado un lugar entre los prólogos para brindarle ese reconocimiento que no sé si alguna vez esperó el duque.

Sin embargo, en el libro I, reproduce un villancico que pudo haber escrito don Fernando, porque aparece firmado por «el duque de Alba». El villancico se imprime junto al de otros autores, entre ellos el propio Boscán y Garcilaso, bajo un mismo epígrafe, y comenta, al igual que los otros, un acontecimiento que ocurrió en la corte, el baile de don Luis de la Cueva con una dama a quien se conocía con un apodo que no la beneficiaba en nada, el de «La Pájara». En principio podríamos decir que los versos en cuestión, si no son de Boscán y Garcilaso, son del abuelo, porque don Fadrique ya había compuesto algunos poemas bastantes años antes. En el *Cancionero General*, de 1511, Hernando del Castillo incluye una canción suya y reproduce otra

[10] Para todas estas cuestiones véase Bienvenido Morros, «Fuentes, fechas, orden y sentido del libro I de las *Obras* de Boscán», *Revista de Filología Española*, LXXXVIII (2008), pp. 89-123.

glosada por el comendador Román. Para la autoría habrá que tener en cuenta otros criterios, especialmente de tipo cronológico. Todo dependerá de la fecha en que se celebró el famoso baile de don Luis.

Para el baile en palacio se han propuesto tres fechas diferentes.[11] Una primera podría abarcar los meses entre marzo y diciembre de 1526 en el marco o bien de las bodas reales en Sevilla o bien de la posterior luna de miel en Granada. La segunda podría corresponder a un período más corto de 1529, del 30 de abril al 27 de julio, durante la reunión de la corte imperial en Barcelona para preparar primero la coronación del Emperador en Bolonia y después el viaje al centro de Europa. La tercera y última podría ser la de los meses de marzo a julio de 1532 coincidiendo con la estancia del emperador en Ratisbona antes de la defensa de Viena asediada por los turcos de Solimán. Empecemos por analizar las fechas que plantean mayores problemas. Por lo que respecta a la última, tiene el doble inconveniente de que el autor de uno de los villancicos no puede ser el segundo duque de Alba sino el tercero, porque don Fadrique había muerto un año antes, y de que Luis de la Cueva no se hallaba en esos meses en Ratisbona porque fray Prudencio de Sandoval lo sitúa fuera de la ciudad al frente de una compañía de soldados españoles a quienes el Emperador había confiado la detención del avance turco a través de Hungría:

> Envió el Emperador desde Augusta por coronel de aquellos españoles de Hungría a don Luis de la Cueva…. En el cual cargo estuvo hasta que agora vino el Emperador contra el turco, y se resumieron estas compañías en las demás de su ejército, salvo la del comendador Cerdán y la suya, que quedaron. (444 b).

Según Sandoval, don Luis de la Cueva había recibido esa misión en Ausburgo, donde habría estado en el séquito imperial entre junio y diciembre de 1530, y desde la ciudad alemana habría partido hacia Hungría para reintegrarse al ejército de Carlos no antes de su entrada en Viena ocurrida el 23 de septiembre de 1532, cuando Garcilaso y el tío de nuestro duque habrían abandonado Alemania para dirigirse a Nápoles, de donde iba a ser virrey el marqués de Villafranca y a donde iba desterrado el toledano. Con todos esos datos hemos de descartar esa fecha por ausencia del protagonista del baile, don Luis de la Cueva, que se hallaba en lugar distinto a los autores de los villancicos.

La segunda de las fechas también plantea problemas. En ese caso el duque de Alba era don Fadrique, pero no es segura su presencia en

[11] Véase, para un estado de la cuestión, Carlos Clavería, ed., Juan Boscán, *Obra completa*, Madrid, pp. 98-99.

Barcelona durante esos meses de abril a julio de 1529, porque el 27 de abril estaba en Alba celebrando la boda de su nieto con María Enríquez, y porque en esa época había dejado de acompañar al Emperador por hallarse enfermo. Pedro Girón sólo se refiere a una visita fugaz del duque «para besarle las manos» a su señor, pero ya no lo menciona entre los nobles que embarcaron en la ciudad condal el dos de agosto rumbo a Génova, y en esa larga lista incluye a «don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, hijo segundo de don Fadrique de Toledo, duque de Alba»,[12] junto al protagonista del baile, don Luis de la Cueva, a quien cita antes que a su hermano don Bartolomé (p. 10). Tampoco aduce los nombres de los dos principales autores del villancico, Boscán y Garcilaso, pero el primero debía de estar en su ciudad natal, y el segundo había dictado testamento allí el 27 de julio, pensando en los peligros de la navegación. Si debemos descartar esta segunda fecha es por la ausencia del duque de Alba, a quien alguno de sus biógrafos imagina viajando a Barcelona para despedirse del Emperador, pero si eso fue así no parece que estuviera muchos días en la ciudad y tampoco, por su precaria salud, estaba para demasiadas fiestas.[13]

La tercera de las fechas es la que puede aceptarse con mayor facilidad, porque todos los nobles acompañaron al Emperador en su boda con doña Isabel, y porque Boscán, en la citada carta a la duquesa de Soma, se refiere a una entrevista con Andrea Navagero en Granada, por fuerza en los meses de la luna de miel de Carlos y la princesa portuguesa, habida cuenta de que el poeta catalán y el embajador veneciano sólo pudieron coincidir en esa ciudad con ese motivo. Menos clara es la presencia de Garcilaso en Sevilla y Granada por esas fechas, porque, al no estar documentada, se ha especulado con todo tipo de posibilidades. Unos determinados biógrafos del toledano han defendido que su poeta se enamoró o reencontró con doña Isabel Freyle, dama de la futura emperatriz, en Sevilla, y otros, nada partidarios de esos amores, negaron su participación en la bodas reales por estar ocupado en su cargo de regidor en su ciudad natal.[14] Si es verdad que está probada la estancia de Garcilaso en Toledo entre el 26 de junio y el 25 de agosto, en diferentes documentos expedidos en la ciudad del Tajo, todo ello es compatible con su presencia en Sevilla antes del 26 de julio (la boda se celebró el 10 de marzo) y en Granada después del 25 de agosto (la luna de miel se alargó hasta diciembre).

---

12 *Crónica del Emperador Carlos V*, ed. Juan Sánchez Montes, prólogo de Peter Rassow, p. 9.

13 Henry Kramen, *El gran duque de Alba. Soldado de la España imperial*, p. 32.

14 La gran mayoría de biógrafos del toledano lo sitúan en Sevilla o Granada, y, en cambio, sólo descartan su presencia en esas dos ciudades Hilda Frances Goodwyn, «The new Light in the Historical Setting of Garcilaso's Poetry», pp. 1-22, y Pamela Walley, «Garcilaso, Isabel and Elena: the growth of a legend», pp. 11-15.

Por lo que respecta a la paternidad de los villancicos, el epígrafe al frente de los cuales se publica sólo ofrece los nombres de Boscán y Garcilaso como autores materiales: «Villancico del mismo [Boscán] y Garcilaso de la Vega…»; sin embargo, encabezando cada uno de los villancicos y en mayúsculas, se reproduce el nombre del autor en cuya boca se pone. Se empieza por el duque de Alba, don Fadrique o su nieto don Fernando, y se termina con otro representante de la familia, el marqués de Villafranca, y entre los dos, y por ese orden, han ido apareciendo Garcilaso, el prior de San Juan, Boscán, Fernando Álvarez de Toledo, hermano de don Fadrique, el clavero de Alcántara, don Fernando, quinto hijo de don Fadrique, don Luis Osorio, don García de Toledo, otro hermano de don Fadrique, y Gutierre López de Padilla, hermano del famoso comunero.

De toda esa lista hemos dudado de si el duque de Alba era don Fadrique o don Fernando, y como los villancicos son de la primavera de 1526 la duda se ha resuelto a favor del primero. Sin embargo, las mismas dudas podríamos tener sobre el nombre de «Hernando Álvarez de Toledo», a quien los editores identifican con uno de los hermanos de don Fadrique, el que fue comendador mayor de la orden de Santiago hasta 1529.[15] Pero ¿por qué no puede ser el nieto del duque, sobre todo teniendo en cuenta que los cronistas de la época le atribuyen un papel destacado en las fiestas a que dieron lugar las bodas reales? En su reciente, y muy documentada, biografía de Garcilaso, María del Carmen Vaquero piensa, sin albergar ninguna duda al respecto, que ese Fernando es el futuro duque de Alba.[16] En esa época, el discípulo de Boscán tendría ya dieciocho años a punto de cumplir los diecinueve, y por tanto puede ser perfectamente el autor de los versos que aparecen bajo su nombre.

Pero, por otra parte, los nobles a quienes se atribuyen los villancicos podrían no ser sus autores materiales, y en lugar de ellos lo serían Boscán y Garcilaso, que los habrían usado como protagonistas directos del incidente. Un poeta de la corte de los Reyes Católicos, Tapia, había compuesto diez coplas reales (o quintillas dobles) para ponerlas en boca de los nobles más importantes de su época, entre ellos el duque de Alba, don Fadrique, el jovencísimo don Pedro de Toledo y el Almirante de Castilla don Fadrique Enríquez, quienes lamentaban la marcha de la corte de una dama con fama de licenciosa, doña Mencía de Sandoval, nieta del primer conde de Castrogeriz y casada en cuatro ocasiones. En este caso Tapia puso a esas coplas un epígrafe lo suficientemente explícito, para no dejar ninguna duda: «Otra suya a una partida que hizo de la corte doña Mencía de Sandoval; y él, viendo cuán tristes quedaban sus servidores, habló en persona de cada uno

[15] Véase Juan Clavería, ed. cit., p. 98.

[16] *Garcilaso, poeta del amor, caballero de la guerra*, 2002, p. 154.

de ellos y dice lo que ellos podrían decir».[17] Tapia reserva las últimas coplas para dejar oír su voz, pero las presenta no sólo con su nombre sino con una entradilla muy aclaratoria: «Dice Tapia por sí».

Boscán y Garcilaso habían leído muy atentamente el *Cancionero General*, entre cuyos folios CLXXVI vo y CLXXVII ro se publican las coplas de Tapia, y por fuerza habían de tenerlas presente, si el barcelonés para el libro I ya había utilizado otros poemas de la recopilación de Hernando del Castillo, como varias coplas y canciones de Manrique, repartidas en los diferentes apartados en que su compilador dividió el volumen. Boscán y Garcilaso, por tanto, habían podido asumir el mismo reto que Tapia, al poetizar una anécdota absolutamente trivial que había sucedido en la corte y reproducir los comentarios que los asistentes podían haber introducido sobre el incidente. Si en un caso la anécdota que merecía semejante atención era el abandono de la corte de una dama licenciosa, en el nuestro fue el baile de otra dama, con la misma fama que la anterior, con un destacado representante de la nobleza a quien seguramente habría hecho caer al intentar ejecutar un paso difícil. Si en un caso los personajes afectados por la marcha de doña Mencía eran, entre otros, el segundo duque de Alba y su hijo don Pedro, en el nuestro esos mismos personajes, ya más viejos, presenciaron el espectacular baile de «La Pájara», y de eso eran plenamente conscientes nuestros dos poetas al aprovecharse de ellos treinta y tantos años después para unos versos más maliciosos que los de su modelo. Pero especialmente maliciosos eran los versos que los dos poetas decidieron poner bajo sus nombres, quizá porque no quisieron comprometerse adjudicándoselos a alguno de los nobles que participaron en la fiesta.

También casi treinta años después, en torno a 1550 y 1551, Hernando de Acuña componía otros dos poemas colectivos en los que hace intervenir a unos cuantos caballeros de la corte del Emperador, y si en el primero de los dos los mantiene en el anonimato («Un caballero», «Otro caballero»[18], etc), en el segundo, en cambio, los llama por sus nombres o títulos, entre los cuales menciona el del duque de Alba, ahora el tercero, o el de don Pedro de Toledo, el virrey de Nápoles. Sin embargo, todos ellos no se dedican a comentar una anécdota protagonizada por una dama de mala reputación, sino la actuación de uno de los implicados, al parecer el propio don Pedro, quien, en un caso, en calidad de embajador, al emprender un largo viaje, decidió vestirse con una ropa un tanto llamativa («una chamalote verde aforrado en conejos de Inglaterra», 198) y, en el otro, al llegar a la corte, para visitar a doña María de Austria, sintió la necesidad de cantar,

[17] Véase la estupenda edición del texto a cargo de Vicenç Beltran, *Poesía española, 2. Edad Media: lírica y cancioneros*, pp. 684-688.
[18] Hernando de Acuña, *Varias poesías*, ed. Luis F. Díaz Larios, pp. 198-199.

llevado por no se sabe qué impulso. Al segundo de los poemas, que es el que más nos interesa, Acuña le puso un título bastante largo: «Al mesmo caballero hizo también la corte las [coplas] que siguen, porque, habiendo venido de Alemania a España a visitar a la reina de Bohemia, cantó una noche en el terrero, viniendo con un señor en un coche» (203). Los diez caballeros aportan su punto de vista del incidente y acaban disculpando al marqués por la hora y el lugar en que se produjo (era de noche y estaba en el interior de un carruaje). El autor también presta su voz al atribuirse la penúltima copla, y en conjunto ofrece una composición satírica no muy distinta a la de Tapia o a la de Garcilaso y Boscán, por quienes sin duda se dejó influir, seguramente más por los segundos que por el primero.

Tapia, por otro parte, quizá por su condición de don-nadie, se atrevió a dedicarle unas coplas a don Fadrique de Toledo, «porque su señoría estaba muy enamorado y muy triste», precisamente «el día de Navidad»;[19] Boscán, en cambio, no pensó en escribir ninguna copla, soneto o canción para el nieto, y sólo tuvo la osadía, si se puede calificar de tal, de utilizar el nombre del abuelo para unas coplas de claro contenido satírico. Y si el gran duque las escribió no se han conservado, y si no se han conservado es porque acabó descartándolas de su edición. Pero también pudo ocurrir que el barcelonés sintiera mucho respeto por quien había sido discípulo suyo, y el silencio en ese sentido podría delatarle en una faceta, la de educador, de la que tampoco se vanaglorió, porque no habla de ella en ninguna parte.

Garcilaso

Garcilaso no debió de ejercer una influencia intelectual en el Gran Duque, con quien, en cambio, contrajo deudas que nunca olvidó, porque le dedicó los mejores versos de nuestra literatura. Los dos se quedaron huérfanos de padre a una edad muy temprana, y no sé si por ese motivo pudieron coincidir en la corte del rey Fernando el Católico. Si no fue entonces, que es difícil de probar, sí participaron, siendo los dos bastante jóvenes, más el duque que el poeta, en 1524 en la defensa de Fuenterrabía invadida por los franceses. Pero es probable que ya se hubieran tratado en la corte del Emperador a la que el futuro duque acudiría siempre acompañado por su abuelo y Garcilaso por su hermano mayor. Especialmente en los años que don Fadrique había contratado los servicios del dominico fray Severo Marini, y también los de Boscán, para que se ocupara de la formación de sus nietos. El toledano parece conocer de primera mano esa época de don Fernando como lo prueba la descripción que hace del fraile dominico en la

[19] *Cancionero general recopilado por Hernando del Castillo* (Valencia, 1511) , ed. facsímil de Antonio Rodríguez Moñino, fol. clxxvii vo y clxxviii ro.

égloga II, una descripción en la que da datos del personaje que difícilmente podía haber obtenido si no era a través de una relación personal. Las referencias que pudieron llegarle del fraile por aquel entonces no podían ser demasiado buenas, al menos a juzgar por la opinión que sobre su persona había difundido Luis Vives en una carta dirigida a Erasmo, en que le habla de las maniobras tan poco nobles a las que recurrió el dominico para conseguir el cargo que don Fradrique le había ofrecido a él. Sin embargo, antes de la composición de la égloga, había podido leer en la *Paraenesis ad politiores literas* (Burgos, 1529) un elogio del fraile, a quien su autor, Juan Maldonado, cita junto a otros humanistas extranjeros (Lucio Flaminio Sículo, Andrea Navagero, Benedetto Tagliacarne y Christophe de Longueil) como detractores del método pedagógico dominante en España.[20] Otros autores italianos también se prodigaron en elogios del educador de nuestro duque, especialmente por su erudición y por su condición de gran poeta latino.[21]

Los dos jóvenes, poeta y señor, no siempre estuvieron en los mismos lugares. Si el niño Fernando, junto a su abuelo y prácticamente toda la corte, iba en la flota real que zarpaba del puerto de La Coruña el 20 de mayo de 1520 para asistir a la coronación del Emperador en Aquisgrán, Garcilaso prefirió quedarse en la península no sé hasta qué punto ajeno a los acontecimientos que sucedieron poco después en Castilla. Si el toledano decidió embarcar en la flota real que el 2 de agosto de 1529 salía de Barcelona para Génova para ser testigo de otra coronación del Emperador pero esta vez en Bolonia, el futuro duque se quedó en sus propiedades de Alba para casarse con su prima hermana María Enríquez. Sin embargo, los dos pronto volverían a compartir el mismo destino. Tras ocho meses en Italia y obtener por los servicios prestados en ese tiempo una renta vitalicia de 80.000 maravedíes anuales, decidió volver a España para renunciar a seguir al Emperador a Alemania. Una vez en la península aceptó la misión de viajar a Francia para espiar el movimiento de las tropas en la frontera, con el pretexto de saludar a la reina Leonor de Austria, quien, desde su boda con el rey, había retrasado más de tres años su incorporación al trono de su marido. Al volver de tan delicada misión, Garcilaso pasó unos meses en Toledo, pero al poco se dirigió a Ávila, situada a pocos kilómetros del señorío de duque de Alba, a quien con seguridad habría visitado para conocer su delicado estado de salud. En agosto de 1531 actúa en la catedral abulense como testigo en la boda clandestina entre su sobrino, llamado también Garcilaso de la Vega, e

[20] Véase Eugenio Asensio y Juan Alcina Rovira, ed., *«Paraenesis ad literas»*, pp. 64 y 122-123.
[21] Véase Eugenio Mele, «Las poesías latinas de Garcilaso de la Vega y su permanencia en Italia», *Bulletin Hispanique*, 25 (1923), pp. 147-148.

Isabel de la Cueva, sobrina del duque de Alburquerque e hija de doña Mencía Bazán.

Los parientes paternos de la novia, al querer conservar el patrimonio dentro de la familia, habían propuesto casarla con un tío suyo, Alonso de la Cueva, mucho mayor; su madre y abuela, doña María, buscaron para su hija y nieta, de solo once años, un novio más acorde con su edad, como lo era para ellas el paje de la emperatriz, el ya mencionado Garcilaso, de catorce años. El duque, al corriente de las intenciones de su cuñada, pidió al emperador que prohibiera el enlace entre su sobrina y el hijo de Pedro Laso. Temiendo la intervención del propio Carlos V, doña Mencía y doña María aceleraron la boda, pero, cuando recibieron en septiembre la cédula de su majestad prohibiéndola, no dijeron que ya se había celebrado y sólo le pidieron que les diera licencia para poderla llevar a cabo. Meses después, entre finales de año y enero de 1532, los monarcas supieron lo que la madre y la abuela de la novia les ocultaron, y por eso decidieron abrir una investigación sobre los hechos. De esa investigación sólo nos interesa la parte correspondiente al poeta toledano, quien a principios de 1532 ya había salido acompañando a don Fernando a Alemania ante la llamada general que había hecho el Emperador para la defensa de Austria de la amenaza de Solimán.

En una carta del 19 de febrero de 1532 la Emperatriz explica al Emperador el desarrollo de los acontecimientos hasta esa fecha. Deja claro que estaba en Ávila cuando intentó ponerse en contacto con su marido a través de Francisco de los Cobos para informarle de que ella hasta saber la voluntad de su majestad en principio había dado permiso para la celebración del matrimonio, y de que, una vez la supo por medio de la cédula, lo prohibió. Le cuenta cómo la fue a ver el duque de Alburquerque para avisarle de que su sobrina ya estaba desposada, para pedirle, por tanto, o que se la entregara o que la pusiera en un lugar en que su reputación estuviera a salvo, y finalmente para manifestarle que se sentía agraviado por las visitas del novio y su padre al aposento de doña María Manuel. Le hace saber que, al tener noticia de esos últimos hechos, ordenó a don Pedro Laso y su hijo «que no entrasen en la corte con seis leguas alrededor sin mi licencia».[22] La Emperatriz en ningún momento saca a relucir fecha alguna, pero su narración debe abarcar un largo período de agosto de 1531 a enero de 1532. Especifica que de donde ella estaba los desterrados salieron acompañados por el duque de Alba («salieron de aquí con el duque de Alba»), y la carta la envía desde Medina del Campo.[23] En otro documento de la investigación,

[22] Todos los documentos y cartas relativos al destierro de nuestro poeta pueden leerse en Antonio Gallego Morell, *Garcilaso: documentos completos*, p. 130.
[23] Gallego Morell, *Garcilaso*, pp. 129-130.

también fechado en enero del mismo año, se recuerda que el día en que el duque besaba las manos de la Emperatriz en la misma ciudad por la noche vieron a Pedro Laso y su hermano Garcilaso entrar en casa de doña María Manuel.

En esos meses tras la boda clandestina muere el segundo duque de Alba (en octubre de 1531) y lo sucede en el puesto, como ya estaba previsto, don Fernando, quien en enero de 1532, según hemos visto, se halla en Medina del Campo para besar las manos de la emperatriz, de quien se estaría despidiendo antes de emprender ese viaje al centro de Europa o a quien se estaría presentando como el nuevo y tercer duque de Alba. Está claro, pues, que nuestro poeta y el duque pasarían en enero por Medina de donde saldrían para iniciar ese largo viaje a Alemania, y que Garcilaso no se despidió de la emperatriz por si lo retenía. Por esa carta de febrero sabemos que la reina en ese mes, tras haber tomado declaración al novio, a su padre y a la madre y abuela de la novia, ordenó que llevasen a la niña Isabel a casa de la marquesa de Lombray, y que envió un correo para que alcanzase a Garcilaso en Guipúzcoa, donde un juez también había de tomarle a él declaración. Vale la pena leer el pasaje de la carta para saber de primera mano cuál fue la actitud del duque con respecto a su amigo:

> Mandé ir un correo tras Garcilaso a Guipúzcoa, para que el corregidor de aquella provincia le tomase el dicho; el cual se lo tomó, y porque lo dijo muy confuso y no quiso declarar lo del desposorio fue detenido; y como va en compañía del duque de Alba, escribiome el duque que, porque no pasaría adelante sin Garcilaso, le mandase dar libertad. Y yo, visto esto, mandé despachar otro correo al corregidor que si Garcilaso declaraba su dicho y no se hubiese hallado presente al dicho desposorio, que le dejase ir libremente, pero que si se hubiese hallado en él, que lo desterrase del reino, conforme a la ley, y le mandase de mi parte que no entrase en la corte de V. M. sin su licencia, y que en caso que no quisiese declarar el dicho, que le enviase preso a la fortaleza de Salvatierra (130).

En su primera declaración, Garcilaso, en efecto, no fue claro, porque, a la pregunta de si se había hallado en el desposorio de Ävila, respondió que a qué propósito se habían de casar los novios si ellos no tenía aún la edad suficiente para poderlo hacer, y que después, al conocer la prohibición del emperador, ya no quiso saber nada más del asunto. Por esta declaración la reina se irritó tanto, que ordenó al juez que había hecho la diligencia, el licenciado Lugo, que hablara directamente con el duque de Alba para que en su presencia no consintiera una conducta como la de su amigo, y que después volviera a tomarle declaración, y que si el poeta seguía siendo

confuso en sus respuestas lo llevaran preso a la fortaleza de Salvatierra en Alba de Tormes:

> Vi vuestra letra e la deposición de Garcilaso que con ella me enviaste, y estoy maravillada, mandándole vos de mi parte que declarase abiertamente si se hallo presente al desposorio, no lo haber cumplido como era obligado; por ende, luego como este correo llegare dad las cartas que van con ésta al duque de Alba e decidle que no es razón que en su presencia Garcilaso tenga semejante manera, y tornaréis a mandarle de mi parte que sin embargo de sus excusas clara e abiertamente responda e declare si se halló presente al dicho desposorio… e en caso que fuese tanta su desobediencia, lo que no creemos, que todavía no quiera obedecer lo que de nuestra parte le mandaredes cerca de la dicha declaración que ha de tornar a hacer, prenderle eis el cuerpo, e a buen recabdo, sin ponerle prisiones, lo enviaredes a su costa a la fortaleza de Salvatierra de Alba (125-126).

Al final Garcilaso obedeció, no sabemos si aconsejado por el duque o por miedo a la prisión que le esperaba, y reconoció su participación en la famosa boda de Ávila, pero dijo que lo llamaron para ir a la catedral de la ciudad, sin saber a qué iba, y que una vez dentro vio que un clérigo casaba a Isabel con su sobrino. Para ese reconocimiento la Emperatriz, en aplicación de la ley, ordena al poeta que «no entre en la corte del Emperador y Rey, mi señor, sin su licencia o mandado», y el poeta, ya juzgado, resuelve seguir, acompañando al duque, su viaje a Alemania, precisamente hacia la corte imperial. Antes de llegar a ella él mismo o el duque deciden recurrir la sentencia, y para ese efecto utilizan al marqués de Villafranca, que debía hallarse entonces entre el séquito imperial. Sin embargo, no se acaba de entender demasiado bien el sentido del recurso, al menos tal como aparece formulado en el documento que recoge la consulta que el emperador tuvo en la ciudad alemana el 14 de marzo:

> Pero visto lo que la Emperatriz nuestra señora escribe en que después de sabido por el juez de Vizcaya lo que había depuesto tornó mandar al dicho juez que si confesase el desposorio lo desterrase de esos reinos de V. M. y que no entrase en su corte cinco leguas al derredor, y la petición que el marqués de Villafranca en nombre del dicho Garcilaso presentó, por la cual dice que se desterró de los reinos de V. M., se presume o puede creer que el dicho Garcilaso en la segunda dipusición que hizo confesó el desposorio porque el juez no le diera la dicha pena si no fuera en el caso que la Emperatriz nuestra señora mandó. Siendo así, si fue pena suficiente

> veniéndose él de Castilla la sobredicha que la Emperatriz, nuestra señora, la manda dar, V. N. lo podrá mandar ver (131).

En esa misma consulta se informa al rey que Garcilaso aún no ha llegado a Ratisbona, pero parece que ya se tiene decidido qué se hará con el poeta incluso antes de que entre en la corte:

> Cuanto a lo de Garcilaso, su tío, ya V. M. tiene relación de lo que parece que con él se debe hacer antes de su venida a esta corte (132).

Imagino que Garcilaso y su entorno quería saber si el destierro de los reinos de su majestad era suficiente castigo, porque si era suficiente, al estar lejos de Castilla, no había de tener ningún problema para entrar en la corte. El caso es que el toledano llegó a la ciudad alemana lógicamente después de esa fecha, pero no sabemos si lo dejaron entrar o aplicaron *ipso facto* el doble castigo, el destierro y la prohibición de la entrada en la corte al menos cinco leguas a la redonda, aproximadamente unos 28 kilómetros a la redonda fuera de Ratisbona, en una isla del río Danubio. En la égloga II el poeta narra el gran recibimiento de que fue objeto don Fernando por parte del Emperador (y era previsible ese recibimiento porque era la primera vez que lo saludaba ya como nuevo duque de Alba), pero eso no significa que fuera espectador privilegiado de la escena. A ese respecto todas las hipótesis son posibles, y no sabemos en ese punto cuál habría sido la actuación de su acompañante, si tan contundente como lo había sido en Guipúzcoa con la reina, o si ante el Emperador se impuso la prudencia. Sucediera lo que sucediera en esa llegada, a Garcilaso, más tarde o más temprano, le obligaron a permanecer esos 28 kilómetros a la redonda lejos de la corte.

Desde la isla el propio poeta insiste en su inocencia y pide que le permitan entrar en la corte para poder servir al Emperador en la campaña militar que ya en esos días se estaba preparando en la defensa de Viena. Así se hace constar en otra consulta del rey con sus consejeros, fechada el 25 de junio de 1532, en que otra vez vuelve a aparecer el duque de Alba apoyando en todo momento a su amigo:

> Por parte de Garcilaso se dice que se le hizo mucho agravio, así por haberse hallado al dicho desposorio acaso y no sobre pensado…, y suplica que, pues a él no se le notificó la cedula de V. M. para que no entendiere en esto y se hizo muchos días antes que aquella llegase y él viene a servir a V. M., le mande alzar el dicho destierro y darle licencia para que entre en la corte y mandare que no se proceda contra él en su ausencia. Suplícalo el duque de Alba con tanta insistencia cuanta V. M. sabe (146).

A orillas del Danubio el poeta sigue comportándose como en Tolosa, y seguramente aconsejado en ese sentido muy pronto varió de actitud para reconocer su culpa y solicitar el perdón a su Emperador. En la misma consulta que la anterior se hace constar ese cambio, que es lo que permite una reconsideración sobre su situación. Se barajan varios destinos para el desterrado. Incluso se contempla la posibilidad de dejarlo entrar en la corte para tenerlo preso antes que empiece la guerra contra los turcos:

> En lo de Garcilaso, parece que, pues confiesa la culpa que tovo y pide a V. M. perdón della, que V. M. le podrá mandar enviar por el tiempo que fuese servido a su convento o alguna de las fronteras de África en el armada que se hace, o a Nápoles para defensión del reino, o mandarle servir a V. M. en esta jornada, guardando la carcelería que tiene hasta que V. M. salga para ir al campo (146).

Al final ese mismo día se decide mandarlo a Nápoles «o al convento que más él quisiere» (147), y de esas dos opciones se opta por la primera. Cabe suponer, por tanto, que desde ese momento se le permite entrar y permanecer en la corte hasta que inicie el viaje a la ciudad italiana. Tampoco sabemos el tiempo que estuvo en Ratisbona y si luego participó en la defensa de Viena, de la que ofrece una relación muy detallada en la égloga II. También es posible que a principios de agosto de ese año de 1532 acompañara al marqués de Villafranca, nombrado por aquel entonces nuevo virrey de Nápoles, para incorporarse los dos a su nuevo destino. Lo que es seguro es que ya no volvió a España en el séquito imperial en el que iban el duque de Alba y Boscán, a pesar de que en la égloga II narre con bastante detalle el regreso de don Fernando al hogar conyugal.

En el resumen de las circunstancias que provocaron el destierro de nuestro poeta hemos visto que el tercer duque de Alba tuvo un protagonismo importante siempre apoyando a su amigo. De modo que incluso algún biógrafo de nuestro personaje llegó a sugerir su directa implicación en el acontecimiento que lo originó.[24] La verdad es que resulta difícil hallar una razón, que no sea personal, que justifique el apoyo de don Fernando al desposorio de Isabel de la Cueva con el sobrino del poeta. En esas fechas de primavera de 1532 el almirante de Castilla mantenía un pleito con el duque de Alburquerque, el tío de Isabel, sobre el desposorio de una hermana suya, doña María de la Cueva, con el conde de Ureña, quien al parecer antes se había comprometido con una sobrina del Almirante, doña

[24] Véase William S. Maltby, *El gran duque de Alba. Un siglo de España y de Europa, 1507-1582*, pp. 46-47.

María Enríquez. La Emperatriz actuó de mediadora en el conflicto, que un juez eclesiástico resolvió a favor del duque de Alburquerque.[25] El Almirante no quedó demasiado satisfecho con la sentencia, y no sabemos si el nuevo duque de Alba también lo estaría, por su relación, incluso familiar, con los nobles que habían pleiteado por esa cuestión.

Estuviera o no implicado el caso es que nuestro duque siempre estuvo al lado de Garcilaso, quien de alguna manera se lo compensó dedicándoles dos de sus obras más importantes. La primera de esas obras es la égloga II, que no deja de ser un homenaje a don Fernando pero también a toda su familia, de la que hace un encendido elogio remontándose al primer duque de Alba, don García Álvarez de Toledo. La segunda es la elegía I, una elegía fúnebre, una de las joyas de nuestra literatura, en que el poeta consuela al amigo con motivo de la muerte de su único hermano, don Bernardino Álvarez de Toledo, ocurrida en Trapani el 20 de agosto de 1535 como consecuencia de una enfermedad al parecer venérea.[26]

De esas dos obras quiero concentrar mi atención en la égloga II por ser un poema que plantea más interrogantes. El primero de ellos es el de su unidad, que se cuestionó ya en el siglo XVI por constar de dos partes tan distintas, una propiamente pastoril, otra resueltamente épica. En la primera parte el pastor y cazador Albanio protagoniza un episodio de carácter amoroso con una ninfa prima suya, llamada Camila, con quien comparte juegos infantiles pero de quien progresivamente se enamora al dejar los dos la niñez. En esa situación el pastor no sabe qué hacer pero decide callar para no poner en peligro una relación de tantos años. Sin embargo, en presencia de su compañera, a quien sigue acompañando en sus cacerías, no puede disimular el dolor que experimenta por ese amor que no ha podido confesar ni mucho menos satisfacer. Camila se da cuenta del sufrimiento que padece su primo y, si al principio se halla un tanto desconcertada al respecto, no tarda mucho en atribuirlo al amor por alguna ninfa o pastora, pero en ningún momento se le pasa por la cabeza que esa ninfa o pastora pueda ser ella. Por eso insiste en preguntar a su compañero por la identidad de la pastora amada, pero Albanio siempre decide dejar para otro momento esa confesión. Cuando ya no puede seguir callando, especialmente por la testarudez de Camila, opta por decir la verdad, pero lo hace de manera

[25] Para ese litigio véase Juan Bautista de Avalle-Arce, *Cancionero del Almirante don Fadrique Enríquez*, pp. 159-165; y Bienvenido Morros, «Fuentes, fechas, orden y sentido del libro I de las *Obras* de Boscán», pp 95-97.

[26] La muerte en Trápani de don Bernardino la hace constar Fray Prudencio de Sandoval en su *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*, XXII, 46: «Murió aquí, camino de Palermo, don Bernardino de Toledo, de enfermedad, habiendo servido bien en esta guerra; y al Emperador dolió la pérdida de este caballero, y mucho más a su hermano don Hernando de Toledo, duque de Alba».

diferente, en un gesto sobre todo de timidez más que de fino amante. Como no se atreve a pronunciar el nombre de Camila le dice a la interesada que si quiere conocer la identidad de la mujer a quien ama se dirija a la fuente en que los dos suelen descansar porque podrá ver en sus aguas la imagen de esa mujer. Camila, ansiosa de saber quién es, sin pensar demasiado en las palabras de su compañero, sale corriendo hacia la fuente para descubrir en sus aguas su propia imagen. Al darse cuenta de que es ella la ninfa de la que se ha enamorado Albanio decide poner tierra por medio quizá temiendo una acción violenta por parte de su compañero. Al comprobar la reacción de Camila, Albanio queda sumido en una gran tristeza y sufre un desvanecimiento, por lo que debe ser trasladado en brazos a su cabaña por otros pastores del lugar. Después de unos días que los ha pasado inconsciente vuelve a salir al campo, donde sorprende a Camila durmiendo. Se acerca a la ninfa muy sigilosamente para no despertarla y cuando se halla a su lado la coge con decisión por la mano. Camila se despierta aterrorizada al advertir que su primo la retiene por la fuerza, pero se las ingenia para librarse de él, pidiéndole ayuda para buscar una joya que finge habérsele caído un poco antes de dormirse. Al notar que Albanio le suelta la mano emprende la huida a toda velocidad dejando al que cree su agresor más triste y melancólico que antes. En ese estado el amante, muy decepcionado, sin ninguna esperanza de recuperar ni tan siquiera la amistad de su antigua compañera, decide poner fin a su vida, intentando arrojarse desde un acantilado del río Tormes. Cuando ya está saltando al vacío, nota cómo una ráfaga de viento lo lanza hacia atrás impidiéndole que pueda suicidarse. En ese punto, al interpretar la ráfaga de viento como voluntad divina que no podrá vencer, desiste de su propósito pero progresivamente va enloqueciendo hasta el punto de creer que la imagen que contempla en la fuente en que se ha declarado a Camila es la de su cuerpo, que se ha independizado de su alma.

Para esa primera parte Garcilaso se ha basado en un pasaje de la *Arcadia* de Sannazaro, en el que ha introducido algunos, pero pocos, cambios. Para empezar ha variado el nombre del protagonista, que en el relato italiano se llama Carino. Ha convertido a los amantes en primos hermanos, cuando en el modelo no son más que nacidos en los mismos bosques. Ha añadido la escena en que Albanio retiene a Camila por la fuerza tras sorprenderla durmiendo y ha cambiado la de las palomas, por cuya visión el pastor italiano resuelve no quitarse la vida, por la sin duda menos verosímil de la ráfaga de viento. Finalmente, Garcilaso prevé otro desenlace para la historia: Carino se reconcilia con su pastora para seguir como antes de la declaración; Albanio, en cambio, al no poder reconciliarse con Camila, acaba perdiendo el juicio y necesitando ayuda milagrosa para recuperarlo.

Dos amigos del pastor, Nemoroso y Salicio, que habían sido protagonistas de la primera égloga, deciden ocuparse del enfermo para llevarlo ante quien pueda devolverle la salud perdida. Nemoroso en seguida identifica a la persona que ha de obrar ese milagro, y la llama Severo, en clara alusión al monje a quien don Fadrique contrató como educador de don Fernando. El pastor introduce un breve elogio del dominico a quien presenta como un pacifista, porque lo describe huyendo de la guerra que teñía de sangre los campos de su Piacenza natal.

En ese punto de la historia, Nemoroso habla de su experiencia personal, sin demasiada relación con la égloga I, al confesar a Salicio que él por amor había llegado a una situación muy parecida a la de Albanio, y que visitó a fray Severo para poner fin a todos sus problemas. Al referir esa visita explica a Salicio los prodigios que obró el dominico, entre los que menciona los relativos al río Tormes, en cuya urna el sabio contempló las imágenes de las hazañas de todos los representantes de la familia Alba, pero especialmente las de don Fernando. Como fray Severo se las contó a Nemoroso, Nemoroso decide contárselas también a Salicio, dando paso a la segunda parte de la égloga, por supuesto de carácter épico. En la vida del gran duque el pastor llega hasta el pasaje en que regresa al hogar después de participar en la defensa de Viena en septiembre de 1532. Ese regreso al hogar ocurrió en realidad entre finales de abril y mayo de 1533, pero Nemoroso lo convierte en meteórico por las ansias del duque de volver a ver a su esposa. Como el pastor se refiere a Boscán como experto en el arte de la cortesanía, la égloga podría ser posterior a la publicación de *El cortesano* traducido por el barcelonés, es decir, a abril de 1534. En esa primavera nuestro poeta debió concluir la redacción definitiva de la obra, porque ya no se refiere a ningún otro episodio de la vida de su protector, pero también es verosímil que la acabara un año antes, porque el 26 de abril de 1533, un día después en que lo hizo la armada procedente de Austria, llegó a Barcelona desde Nápoles con unas cartas de su virrey para el emperador, y pudo aprovechar esa estancia en la ciudad condal para revisar la traducción de Boscán y en los días siguientes, en los que se trasladó a Toledo, quizá en compañía de don Fernando, terminar la última parte de su égloga.

Pero ¿qué pretendió al componer una obra tan heterogénea y dispar? Por supuesto, rendir homenaje a quien más le había ayudado en los momentos difíciles. Pero ¿qué tiene que ver la primera parte con ese homenaje a su persona? A esa pregunta intentaré responder en las próximas páginas. Para empezar, el nombre del protagonista de esa parte, el de Albanio, es bastante significativo. En la égloga I, dedicada a uno de los hijos del segundo duque de Alba, don Pedro Álvarez de Toledo, virrey de Nápoles, Garcilaso llama «estado albano» (vv. 11-12) a la ciudad italiana en la

que gobierna el marqués en representación del Emperador. Si la denomina así es pensando en la ciudad, Alba de Tormes, en la que tenía uno de sus señoríos la familia del virrey, y no en la mítica ciudad romana, *Alba longa,* situada en los montes Albanos y fundada por Ascanio, el hijo de Eneas, y destruida por los romanos. En la *Arcadia*, Lope de Vega, en un soneto fúnebre precisamente consagrado al gran duque, lo llama «invicto Marte albano»,[27] y un amigo de Garcilaso, Luigi Tansillo, decide dar al primo, don García de Toledo, hijo del virrey de Nápoles, el nombre de Albano en tres églogas piscatorias para hacer oír sus quejas a la ninfa Galatea, en realidad doña Antonia de Cardona, por haberle traicionado al entregar su amor a otro pescador.[28] El soneto el dramaturgo madrileño debió de escribirlo poco después de la muerte del duque, a finales de 1582 o principios de 1583, para incluirlo en una obra que vería la luz en 1598; las églogas el poeta napolitano las debió de componer en 1540 cuando doña Antonia había contraído matrimonio con don Antonio, después de despreciar como consorte a don García de Toledo.

En una égloga en que se homenajea, al menos en la segunda parte, a la casa ducal de Alba, y en especial a don Fernando, su tercer duque, el nombre con que su autor bautiza al pastor protagonista de la primera parte debería tener algún tipo de relación con esa familia en su conjunto o con uno de sus miembros o representantes. Los comentaristas del toledano, siempre prestos a identificar a otros pastores de esa y otras églogas, no propusieron ninguna hipótesis, y el silencio de los cuatro resulta bastante significativo, porque de algún modo revela mucha prudencia y precaución por su parte a la hora de intentar ofrecer una pista sobre la identidad del pastor en cuestión. El Brocense y Herrera publicaron sus comentarios de Garcilaso en vida de nuestro duque, a quien tendrían mucho respeto cuando ninguno de los dos, empeñados en desmentirse mutuamente, se atrevió a sugerir la explicación que debió de parecerles más obvia. Sólo de sospechar que Albanio era alter ego de su propio creador no habrían dudado en hacerlo constar en el escolio de presentación a esa égloga, pero como no debían ser demasiado partidarios de semejante hipótesis se decidieron por no anotar nada al respecto. Los otros dos comentaristas, Tamayo y Azara, que ya no fueron contemporáneos de don Fernando, tampoco ofrecieron ninguna explicación sobre ese asunto, porque casi siempre se limitaban a

[27] *La Arcadia*, ed. Edwin S. Morby, p. 184.

[28] Luigi Tansillo, *Il Canzoniere edito ed inedito secondo una copia dell'autografo ed altri manoscritti e stampe*, ed. Erasmo Percopo, vol. I, pp. 203-224; estas canciones piscatorias fueron traducidas al castellano por Jerónimo de Lomás Cantoral al principio de sus *Obras* (Madrid, 1578): véase la edición de Lorenzo Rubio González, pp. 69-82.

ratificar o refutar a uno de sus predecesores, y en ese caso no podían hacer ni una ni otra cosa.

En el volumen dedicado a Boscán, escrito a principios del siglo pasado, alrededor de 1910, don Marcelino Menéndez Pelayo, siguiendo las especulaciones que ya había hecho Manuel de Faria y Sousa en los comentarios a las églogas de Camoens[29], fue de los primeros en arriesgar una posible identidad para el pastor Albanio, en quien creyó y propuso descubrir al personaje histórico del gran duque de Alba, después de reconocer en el mago Severo al fraile dominico que se encargó en principio de su educación:

> El Albanio enfermo de mal de amores por la hermosa Camila debe de ser el duque de Alba, a quien su amigo Salicio (Garcilaso) pretende curar valiéndose, entre otros recursos, de la ciencia de Severo, que bajo el velo de encantamientos y alegorías, no puede significar otra cosa que la disciplina moral ejercida por el maestro sobre el discípulo.[30]

Si hay un personaje de la égloga II de Garcilaso que da cohesión a todo el poema ése es sin duda el del sabio Severo, que no puede ser otro que el fraile italiano a quien don Fadrique, el segundo duque de Alba, contrató para que se ocupara al menos de la formación de uno de sus nietos, el huérfano don Fernando. Si ese personaje revela a Nemoroso las grandes hazañas de los diferentes duques de Alba, y especialmente las del tercero, es también el elegido por el propio pastor para ocuparse de la salud mental de su amigo Albanio, el protagonista de una primera parte muy distinta a la segunda que propicia el mago Severo. Pero si el mago acaba asumiendo ese papel de médico curandero es porque seguramente ha tenido algún tipo de relación con el personaje de ficción ante quien pretende ejercer su ciencia o magia, y es de ese modo que el pastor literario, al que se ha bautizado con el nombre de Albanio, puede recobrar un sentido histórico. ¡Qué mejor persona para curar la enfermedad moral de un discípulo que la del que había sido su maestro! En ese sentido el razonamiento de don Marcelino es impecable, y por eso lo ampliaremos más adelante, porque en él puede hallarse una de las claves para entender la égloga en su conjunto.

Después de don Marcelino fue Hayward Keniston quien en una monografía sobre el toledano, publicada en 1922, también identificó a Albanio con el tercer duque de Alba, pero para semejante hipótesis no adujo

---

[29] «Así en la égloga de Garcilaso lo mismo es Salicio que Nemoroso. Algunas veces se introduce otro, como en la égloga 2, en que Albano es el duque de Alba» (*Rimas varias* de Luis de Camoens, Lisboa, 1689, vol. III, fol. 211 b.

[30] Marcelino Menéndez Pelayo, *Antología de poetas líricos castellanos*, p. 49.

más argumento de que toda la égloga era un tributo al joven Fernando.[31] Sólo dos años más tarde Tomás Navarro Tomás, en su segunda edición de la poesía de Garcilaso, reprodujo esa opinión, citando a los dos estudiosos, de la que sin embargo no parecía estar demasiado convencido, cuando con cierta incredulidad recordaba que mientras el pastor Nemoroso elogiaba, por boca ajena, al gran duque lo tenía a sus pies dormido y maniatado después de haberlo reducido a través de la violencia.[32] Otros críticos llamaron la atención sobre las escenas en que Albanio tenía un comportamiento ridículo y llegaron a la conclusión de que el gran duque, de reconocerse en ellas, no habría permitido que lo trataran de ese modo.[33] En su obra maestra, Rafael Lapesa compartió esa idea, pero, como estaba convencido de que el pastor en cuestión debía de encarnar a algún miembro de la familia Alba, sugirió que debía de ser no don Fernando sino su único hermano don Bernaldino de Toledo, cuya muerte, ocurrida en septiembre de 1535, había inspirado a Garcilaso la elegía I.[34] Desde entonces los investigadores sobre el toledano han tendido a aceptar esa identificación, pero nadie ha podido desmentirla o ratificarla, a falta de los datos precisos para poder hacer una u otra cosa, porque del hermano menor del duque se han conservado muy pocas noticias.

En una égloga de la segunda mitad del siglo XVI, compuesta antes de 1571 por un autor completamente desconocido, Juan Tovar, podremos hallar seguramente la clave para resolver el enigma de Albanio. La égloga en cuestión imita la segunda de Garcilaso y saca a escena a tres pastores, Pirenio, Tormesio y Zeranio, nombres no demasiado habituales en la tradición pastoril, pero los dos primeros relacionados con los topónimos Pirineo y Tormes. El protagonista, Tormesio, ha de ser algún miembro de la casa de Alba de Tormes, y en ese sentido Tovar ofrece unas cuantas pistas. En tres de las octavas cantadas por el pastor, entre los versos 444-467, se puede leer el siguiente acróstico: «Soy de los altos duques nieto»; y, más adelante, Pirenio, al ver morir a su amigo, no puede menos que recordar, también en clave pastoril, a los familiares del difunto, embargados por el gran dolor, entre ellos el pastor Albanio, a quien presenta como su tío:

> Y a ti pastor Albanio, que famoso
> El sacro Tormes te hace por el mundo,
> Cantemos con acento doloroso.

---

[31] *Garcilaso de la Vega. A Critical Study of his Life and Works*, pp. 246-247.
[32] Garcilaso, *Obras*, Madrid, Espasa-Calpe, 1973, p. 113, n. al v. 1719.
[33] Véase Audrey Lumsden, «Problems Connected with the Second Eclogue of Garcilaso de la Vega», pp. 251-271.
[34] *Garcilaso: estudios completos*, pp. 101-104.

Y tú, diva Thitis, quel profundo
Del agua en señorío has escogido
Y el cristalino asiento te es jocundo,
Consuela al gran pastor, pues le ha dolido
La muerte arrebatada de su sobrino,
A quien su ninfa en Tormes ha parido…
La sangre clara y choza generosa
Del gran pastor Albanio valeroso
Del hado quedará siempre quejosa (vv. 647-655 y 662-664).[35]

El pastor Albanio sólo puede ser el pastor que protagoniza la primera parte de la égloga II de Garcilaso, y Tovar, antes de 1571, tiene bastante claro a quién representa, al gran duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo, al que por eso mismo llama «gran pastor» en dos ocasiones. Si nuestro duque es el tío de Tormesio, Tormesio por fuerza deberá ser hijo de una de las dos hermanas de don Fernando, de doña Catalina o de doña María, porque el hermano pequeño, don Bernaldino, al morir joven, no llegó a casarse, y por tanto no tuvo descendencia. Doña Catalina, la mayor, contrajo matrimonio con Diego Enríquez de Guzmán, tercer conde de Alba de Liste, mientras que doña María, con su hijo, don Enrique Enríquez de Toledo, fruto del primer matrimonio del conde con doña Leonor Aldonza de Toledo, hija de don Fadrique, el segundo duque de Alba, y tía de nuestro Fernando.[36] Al decir en el acróstico que Tormesio es «nieto de los altos duques», se refiere a que lo es tanto del duque de Alba, don Fadrique, por vía materna, y del duque de Alba de Liste, don Diego, por vía paterna, y en ese caso no puede ser más que hijo de doña María de Toledo y de don Enrique Enríquez, que heredó el condado después de la muerte de su padre en 1550. Si eso es así, la égloga debió de componerse antes de esa fecha, antes de que Tormesio pasara de nieto del antiguo duque de Alba de Liste a hijo del nuevo, don Enrique Enríquez. La égloga se cierra con un soneto seguramente dirigido al propio Tormesio, porque lo llama

[35] La égloga fue publicada por José J. Labrador, C. Ángel Zorita y Ralph A. DiFranco, «La égloga de Juan Tovar, extenso poema del siglo de oro sobre el amor «que no quiere decir su nombre», p. 383 (siempre citamos por esta edición). Los tres editores publicaron un estudio muy completo del texto, «*Soy de los altos duques nieto*. Algo más sobre un clásico realmente olvidado: la égloga de Juan Tovar», pp. 105-123; y más recientemente ha vuelto sobre el tema Juan Montero, «La égloga en la poesía española del siglo XVI: panorama de un género (desde 1543)», en *Encuentros Internacionales sobre poesía del Siglo de Oro: la égloga*, ed. Begoña López Bueno, pp. 196-199.

[36] A esas dos bodas se refieren, por ejemplo, don Alonso Enríquez de Guzmán en su *Libro de la vida y costumbres* (ed. Hayward Keniston, pp. 71-72, 76 y 284-285) y Gonzalo Fernández de Oviedo en sus *Batallas y Quincuagenas* (ed. Juan Bautista de Avalle-Arce, p. 91).

«sobrino/ de aquel de cuyos hijos sois hermano» (vv. 1368-1369), en alusión a los hijos del gran duque, primos hermanos suyos, que ya hubieran nacido en esas fechas. Es difícil, aunque no imposible, determinar la identidad exacta de Tormesio (alguno de los hijos de doña María y don Enrique), pero, en cambio, sí se ha determinado la de la pastora por la que muere, pues su nombre parece adivinarse, a modo de criptograma, en varios versos de la égloga, «0h *Blanco monte, sa*cro y *de*dicado a Apollo» (492-493), en los que, ordenando adecuadamente las palabras, podremos leer *Blanca de Montesa*, de quien, en cualquier caso, tampoco sabemos nada.

Para nuestro propósito la égloga tiene interés porque su autor, seguramente antes de 1550, identifica al pastor Albanio de la segunda égloga de Garcilaso con don Fernando Álvarez de Toledo, tercer duque de Alba, como ya a principios del siglo XX había sugerido don Marcelino Menéndez Pelayo. Juan Tovar dedica la suya a otro miembro de la familia, un sobrino de nuestro personaje, que ya en esa fecha podría tener más de veinte años, si sus padres se casaron, como don Fernando con doña María Enriquez, tía de Tormesio por partida doble, el 27 de abril de 1529. No es que Tovar tuviera que saberlo todo sobre la égloga garcilasiana, pero sí disponía de más información, siendo como era contemporáneo del gran duque, para ofrecer una interpretación con más garantías de acierto que la de cualquier investigador que trabaja desde la distancia y a veces un tanto a ciegas. Sea como sea, lo que parece claro es que un poeta, desconocido ahora pero quizá también entonces, escribió una égloga, poco menos de veinte años después que la de su modelo, imitando la segunda de Garcilaso para introducir referencias muy precisas sobre el pastor Albanio.

La égloga de Juan Tovar se puede usar como prueba inmejorable para ratificar la vieja hipótesis de don Marcelino, de la que también rescataremos su mejor argumento. Si Severo es un personaje histórico, de quien ni tan siquiera se ha cambiado el nombre, el pastor a quien debe aplicar su terapia milagrosa también podría corresponder a una persona real, en especial si admitimos que entre los dos debió de haber algún tipo de relación que garantice no sólo la unidad de la égloga segunda de Garcilaso, sino también la curación del enfermo de amor. El sabio Severo no puede ser otro que el fraile dominico fray Severo Marini o Varini, quien abandonó su Piacenza natal en 1515 para instalarse pronto en la corte del Emperador donde gozó de mucha autoridad, especialmente por su dominio del latín y composición de poemas en esa lengua. El segundo duque de Alba lo contrató hacia 1521 para que se ocupara de la educación de los dos hijos de su primogénito, muerto en la isla de los Gelves en 1510. Para semejante labor don Fadrique había pensado en Luis Vives, a quien hizo llegar una oferta de doscientos ducados de oro al año precisamente a través del fraile

dominico, pero al no recibir ninguna respuesta del humanista valenciano optó por hacerse con los servicios del mediador.[37] Está claro que el fraile asumió la educación no sólo de Fernando sino también de don Bernaldino, y que por tanto los dos hermanos son los máximos candidatos para representar la figura de Albanio en la égloga de Garcilaso.

La posibilidad de que sea uno de los dos dependerá, por ejemplo, de su vínculo con otros pastores de la obra, también, por supuesto, personajes de carne y hueso. El pastor que desde un principio se interesa por Albanio es Salicio, anagrama de *cilasio*, que es el nombre incompleto de su creador. Si, como todo parece indicar, *Salicio* es el propio Garcilaso, su papel como confidente y amigo de Albanio encaja perfectamente con el tipo de relación que hubo entre don Fernando y el poeta toledano. Otro de los pastores que también se preocupa por la suerte del protagonista es Nemoroso, quien sin embargo no se ha dejado identificar con tanta facilidad. Su nombre se ha querido derivar de *Nemus*, 'bosque', y el adjetivo *nemorosus*, 'boscoso', y se ha asociado por tanto con el primer apellido del poeta barcelonés Juan Boscán, pero también se ha creído ver en ese personaje un trasunto del propio Garcilaso, sobre todo por el papel que desempeña en las églogas I y III como amante que llora la muerte de su amada. Si Nemoroso es uno u otro poeta es una cuestión que no ha quedado lo suficientemente clara, porque hay argumentos a favor de las dos candidaturas, pero ninguno es determinante para confirmar la una y descartar la otra, o viceversa.[38]

Si en la égloga II Nemoroso es Garcilaso parece extraño que el toledano haya elegido a dos pastores diferentes para darles el mismo papel, y si, en cambio, lo es Boscán tendría su lógica, dada la influencia que el barcelonés ejerció sobre el duque, y quizá, por qué no, sobre su hermano menor don Bernaldino. Para devolver la salud al enfermo son decisivas las intervenciones de Nemoroso y Severo, y aún lo pueden ser más si identificamos a esos dos personajes como ayo y educador del pastor que necesita ayuda para volver a ser el de antes.

---

[37] La carta en castellano puede leerse en José Jiménez Delgado, *Epistolario*, pp. 239-240; y el original en latín lo reproduce don Marcelino Menéndez Pelayo, *Antología de poetas líricos castellanos*, p. 45, n. 1. Para la figura de Severo puede leerse toda la información que allí aporta don Marcelino, pp. 43-49, Antonio Salcedo Ruiz, «El ayo y el preceptor del gran duque de Alba», pp. 370-378, y Eugenio Mele, «Las poesías latinas de Garcilaso de la Vega y su permanencia en Italia», pp. 144—148.

[38] Resume la cuestión, ofreciendo todas las posibilidades, Adrien Roig, «¿Quiénes fueron Salicio y Nemoroso?», pp. 1-36. El primero en sugerir la candidatura de Boscán fue el Brocense en sus *Anotaciones* (1574), quien, al dedicarlas a Diego de Zúñiga, pariente de Elena de Zúñiga, pudo tener la intención de no ofender a la familia (véase Enrique Martínez López, «El rival de Garcilaso: "esse que de mí se está reyendo"», p. 192, n. 3).

La medicina antigua había hallado una solución, si no infalible, al menos bastante eficaz, para combatir la enfermedad de amor. Proponía buscar la persona que tuviera cierta autoridad moral sobre el paciente para avergonzarlo por una conducta que podría condenarlo al infierno. Eso mismo aconsejaba uno de los médicos más famosos de la Edad Media, Bernardo Gordonio, cuya obra, el *Lilum medicinae*, se había traducido al castellano y editado en su lengua original a finales del siglo XV y a lo largo del XVI:

> O este enfermo está obediente a la razón o no; e si es obediente, quítenlo de aquella falsa opinión o imaginación algún varón sabio de quien tema o de quien haya vergüenza con palabras o amonestaciones, mostrándole los peligros del mundo e del día del Juicio e los gozos del Paraíso.[39]

En otra obra quizá menos conocida pero también importante, la *Practica medicinae que alias Philonium dicitur*, el médico portugués Valesco de Taranta incluía en su decálogo el mismo consejo:

> Sexto iuvat ad distractionem immaginationis ammonitio parentum er sapientum virorum, qui sibi doceant huius seculi et ventura seculi effectus et pericula ac scandala que inde possunt sequi[40]

Tomando como punto de partida la obra de Taranta, Francisco López de Villalobos, médico de la corte de Carlos V, en el *Sumario de la medicina* (Salamanca, 1498), repetía la fórmula:

> Y sesto: que amigos y nobles parientes,
> y hombres prudentes y de autoridad,
> con sus ortaciones, le hagan presentes
> los muchos peligros, los inconvenientes;
> y azoten y aflijan su carnalidad.[41]

En época más tardía, Daniel Sennert, en su *Practicae Medicinae Liber Primus* (1629), seguía apostando por la intervención de varones serios «...virorum gravium admonitionibus ager ad mentem meliorem adducendus,

---

[39] *Lilio de la medicina* (Sevilla, 1495), edd. John Cull y Brian Dutton, p. 108 b. El texto original dice así: «Patiens iste aut est obediens rationo, ait non. Si est obediens, removeatur ad illa falsa imaginatione ab aliquo viro quem timeat, de quo verecundetur cum verbis et admonitionibus istendendo pericula seculi, diem iudicii et gaudia paradisi» (en Massimo Peri, *Malato d'amore. La medicina dei poeti e la poesia dei medici*, p. 122).

[40] Cito por la edición de Lyon, 1535, fol. xxiv ro.

[41] *El Sumario de la medicina con un tratado de las pestíferas bubas*, ed. María Teresa Herrera, p. 41.

monstrandumque quam absurda, inepta et genere ac conditione indigna agat».[42]

Antes que Garcilaso la terapia en cuestión ya se había utilizado en literatura, en una obra muy próxima a la égloga II del toledano, el *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto, publicado en 1516. En ese poema su autor pretendió homenajear a sus protectores, especialmente el cardenal Hipólito de Este, a quien se lo acabó dedicando. Para ese propósito sacó a escena a un personaje ficticio, Ruggiero de Risa, el caballero sarraceno descendiente de Héctor de Troya, quien, tras convertirse al cristianismo y casarse con Bradamante, hermana de Reinaldo, dio origen a la familia estense, de cuyos miembros introduce un extenso elogio el poeta italiano al principio de la obra a través de la maga Melisa en la cueva de Merlín. La maga muestra a Bradamante los que serán sus descendientes, los de la dinastía que fundará, y pasa revista a todos ellos, desde la época de la acción, que es la del reinado de Carlomagno, hasta el siglo XVI: traza una genealogía de los señores de Este entre imaginaria e inexacta, al menos hasta llegar a Azzo V, que concluye con la aparición de los hermanos Alfonso e Hipólito, y de algunos de los hijos del primero. Al final de la obra, ya en el canto XLVI, antes de la boda entre los dos protagonistas, Melisa traslada desde Constantinopla a París un pabellón, destinado a engalanar la cámara nupcial, en que la adivina Casandra había bordado, para Héctor, la imagen del caballero más ilustre que había de salir del tronco de su hermano, el cardenal Hipólito, del que reproduce sus acciones más importantes desde su nacimiento y educación por Tommaso Fusco. Entre uno y otro elogio, uno a la familia y el otro a su señor, Ariosto narra las hazañas de Ruggiero y Bradamante, que disemina junto a las de otros personajes de la obra, construyendo una trama demasiado compleja como para poder seguirla con cierta facilidad. Sin embargo, no convierte a Ruggiero en protagonista de episodios exclusivamente bélicos, sino que le atribuye otros de un carácter marcadamente amoroso.

Ruggiero se enamora de Bradamante nada más ver su cara, que la joven guerrera descubre después de narrar su genealogía en el *Orlando innamorato* de Matteo Maria Boiardo (III, v, 42), el poema que Ariosto se propone continuar. Se separa de su amada al ser víctima de una emboscada, y mientras ella le es siempre fiel, él, en cambio, comete diversas infidelidades, de la que la más importante o llamativa, al menos para nuestro propósito, es la consumada con la maga Alcina. En ese episodio Ruggiero se deja engañar por los hechizos de la maga, ante quien sucumbe olvidándose de sus proezas militares. Para desenamorarlo, otra maga, Melisa, decide adoptar la forma de Atlante, un nigromante que había criado y educado al joven caballero, como

[42] Véase Massimo Peri, *Malato d'amore*, p. 124.

explica con todo detalle Boiardo en el *Orlando innamorato* (II, i, 74-75), y presentarse ante su antiguo discípulo para afearle una entrega tan poco adecuada a los placeres del amor. Melisa primero se transforma en el tutor, de quien adquiere su estatura y su cara arrugada con una poblada barba, y después aleja de Ruggiero a la enamorada Alcina para poder hablar a solas con él:

> Quivi mirabilmente transmutosse:
> S'accrebbe piú d'un palmo di statura,
> E fe' le membra a proporzión piú grosse;
> E restò a punto di quella misura
> Che si pensò che'l nigromante fosse,
> Quel che nutrí Ruggier con sí gran cura.
> Vestí di lunga barba le mascelle,
> E fe' crespa la fronte e l'altra pelle....
> Ne la forma d'Atlante se gli affaccia
> colei, che la sembianza ne tenea,
> con quella grave e venerabil faccia
> che Ruggier sempre riverir solea,
> con quello occhio pien d'ira e di minaccia,
> che sì temuto già fanciullo avea;
> dicendo: -È questo dunque il frutto ch'io
> longamente atteso ho del sudor mio? (VII, li y lvi).[43]

El maestro (en realidad Melisa) recuerda al que había sido su alumno no sólo los saberes que le había enseñado en el pasado, para que ahora los echase a perder de ese modo, sino los acontecimientos brillantes que le ha de deparar el futuro al inaugurar un nuevo linaje que iba a devolver a Italia su antiguo esplendor y a dar personajes tan ilustres como Hipólito y su hermano Alfonso:

> Se non ti muovon le tue proprie laudi,
> e l'opre e scelse a chi t'ha il cielo eletto,
> la tua succession perché defraudi
> del ben che mille volte io t'ho predetto?
> deh, perché il ventre eternamente claudi,
> dove il ciel vuol che sia per te concetto
> la gloriosa e soprumana prole
> ch'esser de' al mondo più chiara che 'l sole?

[43] Uso la edición de Lanfranco Caretti, vol. I, pp. 160-161. A partir de ahora todas las citas del texto corresponden a esta edición.

Deh non vietar che le più nobil alme,
che sian formate ne l'eterne idee,
di tempo in tempo abbian corporee salme
dal ceppo che radice in te aver dee!
Deh non vietar mille trionfi e palme,
con che, dopo aspri danni e piaghe ree,
tuoi figli, tuoi nipoti e successori
Italia torneran nei primi onori!
Non ch'a piegarti a questo tante e tante
anime belle aver dovesson pondo,
che chiare, illustri, inclite, invitte e sante
son per fiorir da l'arbor tuo fecondo;
ma ti dovria un coppia esser bastante:
Ippolito e il fratel; che pochi il mondo
ha tali avuti ancor fin al dì d'oggi,
per tutti i gradi onde a virtù si poggi (VII, lx-lxii).

Al oír semejante reprimenda, Ruggiero no puede menos que avergonzarse y, arrepentido, dirigir su mirada al suelo, alejándola de la que creía que era la de su maestro, para evitar así un encuentro con la suya. Melisa aprovecha el momento de desconcierto del joven para colocarle el anillo que había de deshechizarlo, y al sentir el contacto de las manos de quien imaginaba aún que era su educador, el caballero parece volver en sí:

Ruggier si stava vergognoso e muto
mirando in terra, e mal sapea che dire;
a cui la maga nel dito minuto
pose l'annello, e lo fe' risentire.
Come Ruggiero in sé fu rivenuto,
di tanto scorno si vide assalire,
ch'esser vorria sotterra mille braccia,
ch'alcun veder non lo potesse in faccia (VII, lxv).

La sabia Melisa recobra su forma original, al ver a su paciente curado («Ma poi ch'a sanità l'ha omai ridutto»), a quien explica que había decidido presentarse bajo la apariencia de «Atlante di Carena» para infundir mayor credibilidad a sus palabras («per trovar meglio credenza»); y, antes de que el anillo produjera el efecto esperado, recurriendo sólo al poder de la palabra, logra inspirar en su paciente la mayor repugnancia hacia la maga Alcina:

ed usò modo e termine migliore
che si convenga a messagera accorta:
ed in quel odio Alcina a Ruggier pose,
in che soglionsi aver l'orribil cose.
In odio gli pose, ancor che tanto
l'amasse dianzi... (VII, lxix, 5-8, y lxx, 1-2).

Por ese procedimiento, Ruggiero se desenamora de la maga que lo había tenido hechizado y sale huyendo del palacio en el que la había amado. Para ese efecto busca refugio en el castillo de Logistila, en el que aprende el manejo del caballo alado para poder recorrer, montado en él, medio mundo, antes incluso de reunirse con su amada Bradamante. Al pasar por la Bretaña menor libera a Angélica de la orca y, al verla desnuda, pues en ese estado la habían ofrecido los corsarios como sacrificio al monstruo marino, y tenerla en su poder en un bosque solitario, se propone violarla, pero cuando se dispone a hacerlo la princesa india, al meterse en la boca su anillo mágico, desaparece de su vista al hacerse invisible. Hacia el final del libro Ruggiero recibe el bautismo y se compromete a casarse con Bradamante, pero para poder hacerlo debe hacer frente a importantes obstáculos. Para esa boda no cuenta con el apoyo de los padres de su futura mujer, quienes la han ofrecido a Leone, el hijo del Emperador de Constantinopla. Entonces Ruggiero marcha a Grecia para matar a su rival, y al llegar a Belgrado, cercado por los griegos, ayuda a los búlgaros a defender la ciudad, causando grandes estragos entre sus enemigos. Después de la batalla, aprovechando que el ejército griego se retiraba, sale en persecución de Leone, y, al no encontrarlo, decide descansar en una posada, en la que, al ser reconocido por uno de sus huéspedes, resulta encadenado y preso. De la cárcel precisamente lo libera Leone, admirado por el valor de Ruggiero, cuya identidad sin embargo desconoce. Por esa acción el discípulo de Atlante experimenta una inmensa gratitud hacia su rival, a quien ya no desea matar y a quien ayuda en su empeño de casarse con Bradimante. En esa situación, cuando parece ya inevitable la boda entre su amada y el príncipe griego, decide huir de la corte francesa, buscando la muerte en algún paraje solitario. Informado por Melisa de toda la situación, Leone renuncia a la hija de Amón y se la entrega a Ruggiero, quien en ese momento acepta convertirse en rey de los búlgaros, tras recibir el ofrecimiento de una pequeña delegación de sus representantes trasladados a París para ese propósito. De esa forma se cierra el ciclo del caballero, absolutamente mítico, al que cabe remontar una familia tan poderosa y eminente como la de Este.

Si del *Orlando furioso* extrajéramos la trama de Ruggiero y Bradamante con los elogios a los grandes señores de Este obtendríamos una obra bastante parecida a la égloga II de Garcilaso. Para la parte encomiástica dedicada a la

familia de Alba el toledano se basó precisamente en esos elogios que Ariosto consagró a sus protectores: el de don Fernando, por ejemplo, recuerda muy a la letra el del cardenal Hipólito, como ya habían advertido el Brocense y Fernando de Herrera. Para la parte propiamente pastoril, la del cazador Albanio, Garcilaso se había aprovechado de una de las prosas, concretamente la VIII, y algo también de la VII, de la *Arcadia* de Sannazaro, y la había completado con el personaje de Orlando del poema de Ariosto. Pero para la égloga en su conjunto habría pensado no en la trama del paladín francés sino en la de Ruggiero como personaje, inventado con ese fin, que daba pie al elogio de toda una dinastía italiana: habría creado, pues, la figura de Albanio para propiciar la alabanza de buena parte de una familia castellana. Si Ariosto había concedido a la maga Melisa el doble papel de sanadora de Ruggiero y transmisora de las profecías sobre sus descendientes, Garcilaso también habría otorgado esa doble función a Severo, la de terapeuta de Albanio y revelador de otras profecías sobre posibles familiares suyos. Si admitimos esas equivalencias, creo que bastante incuestionables, el pastor del Tormes en realidad no representaría a nadie en concreto, ni a don Fernando ni a don Bernaldino, sino a un personaje tan irreal y mítico como Ruggiero y que, como su modelo, podría ser el fundador de la estirpe de los Alba (de ahí su nombre). Pero esa interpretación tiene un inconveniente, que es el mismo que se había aducido para descartar la opción de Albanio como don Fernando: el pastor en cuestión encarna más vicios que virtudes, y por su actuación no puede erigirse en el creador de una familia, porque en ningún momento emprende grandes hazañas que le hagan acreedor del origen de una familia entera. Sin embargo, como le ocurre a Ruggiero, la salud (o, si se prefiere, el abandono del vicio), se la procura un sabio varón de quien había sido discípulo, y en ese caso volvemos a recuperar a don Fernando y a don Bernaldino, porque los dos fueron educados por fray Severo, al igual que Ruggiero por Atlante.

Si Ruggiero encarnase a don Hipólito o a su hermano don Alfonso, sería más fácil establecer mayores afinidades entre las dos obras, pero como no es el caso deberemos buscar otros argumentos para nuestra hipótesis. La maga Melisa, como hemos visto arriba, adopta el aspecto del viejo Atlante, revistiéndose de una autoridad que de otro modo no tendría, para devolver la razón al que había sido su discípulo, y lo consigue fundamentalmente a través de la palabra, descubriéndole al amante que personajes tan ilustres como el cardenal Hipólito o su hermano Alfonso iban a ser descendientes suyos, y que, por tanto, pensando en ellos, debía de estar a la altura de las circunstancias cambiando de actitud. En una segunda fase, en la que contribuye decisivamente el anillo mágico que le pone al enfermo, también por medio de la palabra, logra despertar en él un odio terrible por la mujer a la que hacía un

momento amaba más que a nadie en el mundo. Severo, a quien Garcilaso llama «sabio viejo» pero a quien describe también como mago, aparece como experto en la enfermedad de amor, y de esa habilidad ofrece un testimonio precioso Nemoroso, porque confiesa que a él le ha devuelto la salud que había perdido por culpa de amor. El pastor explica con bastante detalle en qué ha consistido la terapia que le ha aplicado el anciano, una terapia también basada en la palabra, no tanto admonitoria como encomiástica, porque más que amonestarle por su nueva vida le ha alabado la que ha dejado atrás al convertirse en un esclavo de amor:

> Acuérdaseme bien que en la ribera
> de Tormes le hallé solo, cantando
> tan dulce que una piedra enterneciera.
> Como cerca me vido, adevinando
> la causa y la razón de mi venida,
> suspenso un rato 'stuvo así callando,
> y luego con voz clara y espedida
> soltó la rienda al verso numeroso
> en alabanzas de la libre vida.
> Yo estaba embebecido y vergonzoso,
> atento al son y viéndome del todo
> fuera de libertad y de reposo.
> No sé decir sino que'n fin de modo
> aplicó a mi dolor la medicina
> qu'el mal desarraigó de todo en todo.
> Quedé yo entonces como quien camina
> de noche por caminos enriscados,
> sin ver dónde la senda o paso inclina;
> mas, venida la luz y contemplados,
> del peligro pasado nace un miedo
> que deja los cabellos erizados:
> así estaba mirando, atento y quedo,
> aquel peligro yo que atrás dejaba,
> que nunca sin temor pensallo puedo.
> Tras esto luego se me presentaba,
> sin antojos delante, la vileza
> de lo que antes ardiendo deseaba.
> Así curó mi mal, con tal destreza,
> el sabio viejo, como t'he contado,
> que volvió el alma a su naturaleza
> y soltó el corazón aherrojado (1099-1128).

Severo no parece haber regañado a Nemoroso porque como varón sabio se dirigía a un pastor de quien no se sentía responsable por no haberlo educado. Asimismo tiene la capacidad de infundir cierta aversión, repugnancia u odio en los amantes por la persona a quien ellos aman de manera desmesurada. Así lo hace constar el propio Nemoroso cuando empieza a hablar del educador de los nietos de don Fadrique:

> Mas no te callaré que los amores
> con un tan eficaz remedio cura
> cual se conviene a tristes amadores;
> en un punto remueve la tristura,
> convierte'n odio aquel amor insano,
> y restituye'l alma a su natura (1089-1094).

Sin embargo, no da ninguna pista sobre el método que suele seguir el anciano para lograr en el paciente ese tipo de sentimiento. También él parece haber llegado a experimentar la misma repulsión por lo que antes había deseado con tanto ardor (véase vv. 1122-1124), y en ese aspecto no sólo coincide con Ruggiero, como ya hemos tenido ocasión de comprobar, sino, además, con Orlando, quien, después de serle restituido el juicio, ve con ojos muy distintos a Angélica:

> Come chi da noioso e grave sonno,
> ove o vedere abominevol forme
> di mostri che non son, né ch'esser ponno,
> o gli par cosa far strana ed enorme,
> ancor si maraviglia, poi che donno
> è fatto de' suoi sensi, e che non dorme;
> così, poi che fu Orlando d'error tratto,
> restò maraviglioso e stupefatto…
>
> Poi che fu all'esser primo ritornato
> Orlando più che mai saggio e virile,
> d'amor si trovò insieme liberato;
> sì che colei, che sì bella e gentile
> gli parve dianzi, e ch'avea tanto amato,
> non stima più se non per cosa vile.
> Ogni suo studio, ogni disio rivolse
> a racquistar quanto già amor gli tolse (XX,

Pero ¿qué ha previsto Severo para Albanio? ¿También pretende inspirarle el odio por Camila? Es difícil poder contestar esas preguntas, porque la égloga termina precisamente cuando Salicio y Nemoroso deciden llevar a su amigo, enfermo y furioso, ante el anciano para poder curarlo esa misma noche. Si Garcilaso deja el final inconcluso es porque entendía que ya había dado elementos suficientes para que el lector pudiera imaginarlo. Garantiza la salud de su pastor al ponerlo en manos de quien no cabe duda de que se la va a restituir, y si incluye esa parte épica, de alabanza de una dinastía, es porque debe atribuirle algún papel en el proceso de curación del protagonista de la parte más dramática. Si, por ejemplo, usa a Severo como trasmisor de unas profecías que al anciano le revela el río Tormes es porque esas profecías podrán servirle en su terapia para con Albanio. Al reproducirlas tan por extenso es porque querrá que de manera implícita su pastor se reconozca como personaje histórico que aparece en ellas, del mismo modo que ha hecho que el sabio italiano se vea a sí mismo, convirtiéndolo en protagonista de las dos partes, del presente y del futuro, como educador del noble a quien deberá curar. Esa es la gran diferencia que nuestro poeta introduce con respecto a Ariosto, en cuyo poema, en la trama de Ruggiero, Melisa no se reconoce a sí misma, ni tan siquiera como Arlante, en ese futuro que se le ha confiado para darlo a conocer a quienes con sus acciones lo van a propiciar. En un caso Melisa, con el aspecto de Atlante, descubre a Ruggiero, para curarlo, quiénes serán sus descendientes, entre ellos el cardenal Hipólito, y en el otro Severo recuerda a Albanio, también con idéntico propósito, que pertenece a una familia en la que nacerán personajes tan ilustres como él mismo.

De ese modo es cómo Severo logrará la curación de nuestro pastor, pero casi es imposible saber si para completarla necesitará inducirle el sentimiento de aversión hacia Camila, y todo dependerá del papel que creamos que Garcilaso atribuye a esta ninfa de Diana. La crítica fácilmente la ha identificado con doña María Enríquez, con quien don Fernando se casó el 27 de abril de 1529, porque los novios eran primos hermanos, nietos del segundo duque de Alba, don Fadrique Álvarez de Toledo, ella por parte de madre, él a través del padre, y en la égloga Albanio presenta a su compañera «de mi sangre y agüelos decendida» (v. 171). Poco sabemos de la duquesa, y de la relación con su esposo, para poder sacar conclusiones definitivas.[44] Por ignorar ignoramos si don Fernando se casó por amor o simplemente acatando las decisiones de su abuelo para reforzar el poderío de la familia. El futuro duque, que sepamos, no se prodigó demasiado en aventuras de carácter amoroso,

[44] Para la duquesa pueden consultarse los trabajos de Fitz James Stewart y Falcó, duque de Berwick y Alba, «Biografía de doña María Enríquez, mujer del Gran Duque de Alba», pp. 1-14, y Alfred Morel-Fatio, «La duchesse d'Alba D. María Enríquez et Catherine des Medicis», pp. 360-386.

aunque debió coquetear con todas las damas de la corte, a juzgar por su papel de animador de las fiestas más importantes en las que, siempre dentro de ese marco, llegó a participar. Garcilaso, en cambio, insiste en mostrarlo enamorado de doña María, pero entre el episodio del enamoramiento y el de la boda intercala otro que en principio no guarda ninguna relación con esos dos. Después de referirse a su formación militar, lo presenta visitado por la diosa Venus, en quien delega la difícil misión de vencer su resistencia al amor, al introducirlo en un jardín para ponerlo delante de una ninfa que en ese momento está durmiendo y de la que el duque se enamora al instante:

> Allí con rostro blando y amoroso
> Venus aquel hermoso mozo mira,
> y luego le retira por un rato
> d'aquel áspero trato y son de hierro;
> mostrábale ser yerro y ser mal hecho
> armar contino el pecho de dureza,
> no dando a la terneza alguna puerta.
> Con él en una huerta entrada siendo,
> una ninfa dormiendo le mostraba;
> el mozo la miraba y juntamente,
> de súpito acidente acometido,
> estaba embebecido, y a la diosa
> que a la ninfa hermosa s'allegase
> mostraba que rogase, y parecía
> que la diosa temía de llegarse.
> Él no podía hartarse de miralla,
> de eternamente amalla proponiendo (1362-1378).

Más adelante el poeta deja claro que esa ninfa es la misma dama con quien don Fernando decide contraer matrimonio, la dama a la que se está preparando en el lecho nupcial para recibir al que ya es su esposo:

> Estaba el Himeneo allí pintado,
> el diestro pie calzado en lazos d'oro;
> de vírgines un coro está cantando,
> partidas altercando y respondiendo,
> y en un lecho poniendo una doncella
> que, quien atento aquélla bien mirase
> y bien la cotejase en su sentido
> con la qu'el mozo vido allá en la huerta,
> verá que la despierta y la dormida

por una es conocida de presente.
Mostraba juntamente ser señora
digna y merecedora de tal hombre;
el almohada el nombre contenía,
el cual doña María Enríquez era (1401-1414).

Entre esos dos episodios Garcilaso inserta otro de carácter bélico que el Brocense interpreta como un duelo del duque con un caballero de la orden de Santiago suscitado por una burla del primero a su rival ante la dama a quien los dos servían. Leamos, antes de nada, el pasaje en cuestión para relacionarlo con el episodio que el catedrático de Salamanca recuerda con toda clase de detalles:

Luego venia corriendo Marte airado,
mostrándose alterado en la persona,
y daba una corona a don Fernando.
Y estábale mostrando un caballero
que con semblante fiero amenazaba
al mozo que quitaba el nombre a todos.
Con atentados modos se movía
contra el que l'atendía en una puente;
mostraba claramente la pintura
que acaso noche 'scura entonces era.
De la batalla fiera era testigo
Marte, que al enemigo condenaba
y al mozo coronaba en el fin d'ella;
el cual, como la estrella relumbrante
que'l sol envia delante, resplandece (1379-1393).

En estos versos no se dice en ningún momento que los dos caballeros se enfrentasen por culpa de una dama, pero su autor los introduce después del enamoramiento del duque de la dama que acaba convirtiéndose en su esposa. No sé si por el lugar que ocupan los versos el toledano quiso dar a entender que en ese amor por doña María tuvo un rival, con quien hubo de batirse para allanar su camino hacia el matrimonio. En el episodio que saca a relucir el Brocense ninguno de los dos caballeros consigue la victoria sobre el otro, porque parecen interrumpir su enfrentamiento al hacerse amigos, mientras que en el lance que narra nuestro poeta el duque derrota a su contrincante, por lo que empieza a ganarse un nombre que engrandece con otro tipo de acciones, también de carácter militar, antes de llegar al día de su boda, un 27 de abril de 1529:

D'allí su nombre crece, y se derrama
su valerosa fama a todas partes.
Luego con nuevas artes se convierte
a hurtar a la muerte y a su abismo
gran parte de sí mismo y quedar vivo
cuando el vulgo cativo le llorare
y, muerto, le llamare con deseo (1394-1400).

Sánchez de las Brozas sitúa el episodio en Burgos, en el puente de san Pablo, en el año 1524, cuando su protagonista tendría diecisiete años, pero lo que narra el autor de la *Minerva* no guarda mucha relación con los versos que comenta. Si el episodio en sí debe entenderse como una reyerta callejera, desvinculado del amor por cualquier dama, quizá pueda hacer referencia a otro protagonizado con el poeta e historiador granadino don Diego Hurtado de Mendoza del que el gran duque se gloriaba en una carta dirigida precisamente al que había sido su contrincante por sentirse objeto de sus burlas, o las de su secretario:

> Procura que tu historia sea enmendada por este perverso secretario si no quieres que publique lo mal que te portaste en el callejón de Toledo, donde tengo un ejemplo de mi hombría que brilla hoy espléndidamente en estas repúblicas.[45]

Esta pelea el protagonista la ambienta en las calles de Toledo y sus biógrafos la ubican en el año 1525, quizá con motivo de las cortes que el Emperador convocó allí ese año y a las que asistieron los dos personajes en cuestión. En ese caso no se sabe el motivo de la disputa, si se originó por una mujer o por cualquier otra circunstancia, pero nos consta, por las palabras del propio duque, que él logró vencer a su oponente. Es difícil precisar a cuál de esos dos episodios alude Garcilaso en sus versos, si es que alude a alguno de los dos, y por qué decide intercalarlos entre otros dos en los que relata el enamoramiento y la boda de su señor con doña María. Quizá lo haya hecho para subrayar el amor que el novio sintió por su futura mujer, un amor que podía llevarlo a batirse en duelo con un caballero, fuera el que fuera, dispuesto a arrebatárselo. Cualquier episodio de ese estilo le habría servido para ese fin, y pudo tener noticia de muchos otros de los que no ha quedado ninguna constancia. Con ese mismo propósito Garcilaso convirtió el último tramo del regreso al hogar de su patrón, después de la campaña vienesa, en un viaje sin

[45] El texto de la carta está reproducido por Erika Spivakovsky, *Son of Alambra: Don Diego Hurtado de Mendoza, 1504-1575*, p. 35; y William S. Maltby, *El Gran Duque de Alba*, p. 31.

interrupción a caballo iniciado en Barcelona, adonde las tropas imperiales habían llegado el 25 de abril de 1533 tras desembarcar en el puerto de Rosas cuatro días antes. Una vez que estuvo en tierra firme el Emperador, acompañado sólo por el marqués del Gasto, se dirigió a caballo a la ciudad condal donde le esperaba la Emperatriz. Su marido, ansioso por reencontrarse con su esposa, recorrió de una tirada catorce leguas (unos ochenta kilómetros), los que separan Rosas de Barcelona, parando para el relevo del caballo en la posta correspondiente, o sea, cada dos o tres leguas, y, al sorprender a la Emperatriz durmiendo, porque había llegado a las nueve de la mañana, se metió en la cama con ella hasta las dos del mediodía. El duque, en cambio, entró en la ciudad condal tres días después junto a toda la armada imperial capitaneada por Andrea Doria: Así lo cuenta Pedro Girón en su *Crónica del Emperador Carlos V*:

> Luego que el tiempo abonó algo, S. M. partió de allí [de Marsella] la vía de Barcelona y siempre hacía el tiempo algo contrario, y traía S. M. tanto deseo de verse en estos reinos que llegando a un puerto que se llama Rosas, que es antes de Barcelona catorce leguas, desembarcó allí lunes a veinte y uno del mes de abril deste año, y de allí vino por la posta a Barcelona, donde llegó otro día martes a las nueve o a las diez de la mañana. Vino con S. M. el marqués del Gasto. Halló a la emperatriz en la cama, que aún no era levantada, domde el emperador también se echó, y estuvo hasta las dos, que se levantaron y comieron… El viernes siguiente, que fueron veinte y cinco de abril, llegó toda la armada de S. M…. en que venía Andrea de Oria por capitán general… y el duque de Alba y todos los otros señores y caballeros que venían con S. M. (30-31).

Fray Prudencio Sandoval es en ese punto muy parco, al estar más interesado por las cuestiones políticas, en su *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*:

> Por abril llegó a Barcelona, donde le esperaba la serenísima Emperatriz, su mujer (que así se lo había escrito desde Génova, y que la acompañase el cardenal Tavera), y mucha nobleza de España, con grandísimo deseo de ver su príncipe, por tantas vitorias glorioso (XX, 19).

Los cronistas nada dicen de lo que hizo don Fernando a su llegada a Barcelona, pero Garcilaso, quien, como hemos visto, entró en la ciudad condal sólo un día después procedente de Nápoles, pudo acompañarlo en el viaje de regreso a Castilla, porque de la capital catalana debió marchar a Toledo, al conocer la muerte de su hermano menor don Francisco de la

Vega.[46] También se lo pudo imaginar con una actitud semejante a la que tuvo el emperador con su mujer, o sea, saliendo de Barcelona a lomos de su caballo y a toda velocidad para poder abrazar lo antes posible en Alba de Tormes a su esposa, deteniéndose en el camino sólo para el cambio del animal:

> Con la prora espumosa las galeras,
> como nadantes fieras, el mar cortan
> hasta que en fin aportan con corona
> de lauro a Barcelona; do cumplidos
> los votos ofrecidos y deseos,
> y los grandes trofeos ya repuestos,
> con movimientos prestos d'allí luego,
> en amoroso fuego todo ardiendo,
> el duque iba corriendo y no paraba.
> Cataluña pasaba, atrás la deja;
> ya d'Aragón s'aleja, y en Castilla
> sin bajar de la silla los pies pone.
> El corazón dispone al alegría
> que vecina tenía, y reserena
> su rostro y enajena de sus ojos
> muerte, daños, enojos, sangre y guerra;
> con solo amor s'encierra sin respeto,
> y el amoroso afeto y celo ardiente
> figurado y presente está en la cara.
> Y la consorte cara, presurosa,
> de un tal placer dudosa, aunque lo vía,
> el cuello le ceñía en nudo estrecho
> de aquellos brazos hecho delicados;
> de lágrimas preñados, relumbraban
> los ojos que sobraban al sol claro (1695-1719).

Las cabalgadas entre el emperador y el duque se diferencian en una sola cosa, y es en la distancia recorrida, porque mientras el primero recorre alrededor de ochenta kilómetros, el segundo, casi mil doscientos. Es más que probable que Garcilaso exagerara ese viaje de regreso de su señor a Castilla, y que en realidad el duque se lo tomara con mayor tranquilidad que la relatada por su amigo. Nuestro poeta quería dejar claro que don Fernando, después de cuatro años de matrimonio, seguía sintiendo el mismo amor por doña María, y, si ahora, en el elogio, lo muestra tan ansioso por reunirse con su esposa,

[46] Véase María Carmen Vaquero, *Garcilaso, poeta del amor, caballero de la guerra*, pp. 258-259.

capaz por ello de la mayor hazaña y locura, como cabalgar noche y día sin apenas interrupción, ¿por qué no podía presentarlo, en una primera parte, loco y furioso al enamorarse de la mujer que, a pesar de sus resistencias, iba a ser su esposa? Si en la segunda parte el duque se enamora al ver a doña María en un jardín, ¿por qué no puede ser ella misma la ninfa de la que se acaba enamorando Albanio, también en un paisaje idílico y pastoril? Si en esa segunda parte el duque, cuando descubre a su futura mujer, la descubre durmiendo, y en ese estado la contempla para determinar amarla para siempre, ¿por qué no puede ser la misma ninfa a la que Albanio también sorprende durmiendo para admirar una belleza que antes, estando despierta, no había podido admirar?

Garcilaso busca para doña María Enríquez un nombre pastoril que la represente como una dama reacia al amor y a sus placeres, y por eso piensa que el nombre que mejor le cuadra es el de Camila, porque quiere dotar al personaje literario de una característica que también poseía la amada de Ruggiero, la guerrera Bradamante, fiel hasta la muerte al que había de ser su marido. Doña María fue un personaje muy religioso, como lo prueba su relación con santa Teresa,[47] y quizá de joven había dado muestras de una vocación en semejante sentido, vocación a la que habría renunciado por ser la primogénita del tercer duque de Alba de Liste y ser instrumento de una serie de pactos matrimoniales entre familias de gran poder en la España de la época. Si doña María se había resistido a la boda con su primo, Garcilaso lo habría reflejado estupendamente en esa primera parte de su égloga adaptando la prosa VIII de la *Arcadia* de Sannazaro, y si en realidad la futura duquesa no opuso ningún tipo de reparo para la celebración de la boda, el toledano no tendría mejor manera de homenajearla que presentándola desdeñosa y desenamorada, porque sabía que ésa era la actitud que más convenía a una dama de la alta nobleza.

Garcilaso pudo ofrecer dos imágenes diferentes del gran duque con la intención de poner de manifiesto el cambio que se había operado en su patrón por la influencia de su esposa. Semejante propósito tendría mucho más sentido si pensamos que Nemoroso es Boscán, porque el poeta catalán experimentó una metamorfosis similar después de comenzada su relación con Ana Girón de Rebolledo. Es verdad que Garcilaso nunca vio casado a su amigo barcelonés, porque murió tres años antes de la boda, pero no es menos cierto que fue testigo de ese cambio del que dejó constancia en la elegía que le

[47] Con ella llegó a tener una fluida relación epistolar, como se desprende de las cartas conservadas de la abulense (Santa Teresa de Jesús, *Obras completas*, edd. Effren de la Madre de Dios y Otger Steggink, pp. 748, 944, 991, 1008, 1080, 1082 y 1095). Véase sobre el asunto M. de Aguillera y de Liques, marqués de Cerralba, «Los duques de Alba y santa Teresa», pp. 1-16.

escribe desde Trápani en agosto de 1535 al imaginarlo, e envidiarlo por ello, frente al mar acompañado por la que había de ser su esposa. Si Nemoroso, como Boscán, cree en la posibilidad de devolverle el juicio a Albanio es porque antes él lo ha recuperado gracias al personaje que habrá de ocuparse del compañero de Camila.

Un poco más arriba sólo contemplábamos dos posibilidades para la identificación de Albanio, uno de los dos hijos de don García de Toledo, don Fernando o don Bernaldino, los dos educados por Boscán y Severo, y por tanto únicos candidatos a ser el protagonista de la primera parte de la égloga II de Garcilaso. A lo largo de las últimas páginas he ido descartando la hipótesis de que fuera don Bernaldino, porque el elogio escrito por Severo y puesto en boca de Nemoroso forma parte del discurso que debe disuadir a Albanio de perseverar en la actitud de loco enamorado, y esa función del elogio perdería efectividad si tuviera que aplicarse a un personaje de segunda fila en la estirpe a la que se invoca con semejante propósito terapéutico. Garcilaso compone la primera parte como pretexto para introducir la segunda, o dicho de otra manera, presenta a don Fernando bajo el signo de Venus para después poder recordarle hazañas propias y ajenas, del mismo modo que Ariosto, para elogiar a su patrón, el cardenal Hipólito, debe inventarse (aunque en realidad eso ya lo había hecho Boiardo) al personaje de Ruggiero. Si Albanio no fuera don Fernando Álvarez de Toledo, la profecía del río Tormes, reproduciendo sus propias gestas, carecería de toda oportunidad y sentido. De hecho, la égloga II es un homenaje toda ella al gran duque de Alba, y si no se la dedica de manera explícita o es porque no lo creía necesario o porque se perdió el epígrafe en que podía hacerlo.

BIENVENIDO MORROS MESTRES
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA

BIBLIOGRAFÍA

Acuña, Hernando, (1982). *Varias poesías*, ed. Luis F. Díaz Larios, Madrid, Cátedra.

Aguillera, M. de, y de Liques, marqués de Cerralba, (1955). «Los duques de Alba y santa Teresa», *Hidalguía*, 8, pp. 1-16.

Ariosto, Ludovico, (1992). *Orlando furioso*, ed. Lanfranco Caretti, Turín, Einaudi.

Asensio, Eugenio, y Juan Alcina Rovira, ed., (1980). *«Paraenesis ad literas», Juan Maldonado y el humanismo español en tiempos de Carlos V*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1980

Avalle-Arce, Juan Bautista de, (1994). *Cancionero del Almirante don Fadrique Enríquez*, Barcelona, Sirmio-Quaderns Crema.

Boscán, Juan, (1999). *Obra completa*, ed. Carlos Clavería, Madrid, Cátedra.

Camoens, Luis, (1972). *Rimas varias comentadas por Manuel Faria e Sousa*, ed. facsímil de la primera edición (Lisboa, 1689), Lisboa, Imprensa Macional-Casa da moeda.

Cantoral, Lomas, (1980). *Obras*, ed. Lorenzo Rubio González, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Valladolid.

Castillo, Gernando, (1958). *Cancionero general recopilado*... (Valencia, 1511), ed. facsímil de Antonio Rodríguez Moñino, Madrid, Real Academia.

Enríquez de Guzmán, Alonso, (1960). *Libro de la vida y costumbres,* ed. Hayward Keniston, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, Atlas.

Fernández Álvarez, Manuel, (2007). *El duque de hierro. Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba*, Madrid, Espasa Calpe.

Fernández de Oviedo, Gonzalo, (1989). *Batallas y Quincuagenas*, ed. Juan Bautista de Avalle-Arce, Salamanca, Diputación de Salamanca.

Frances Goodwyn, Hilda, (1978). «The new Light in the Historical Setting of Garcilaso's Poetry», *Hispanic Review*, XLVI, pp. 1-22.

Gallego Morell, Antonio, (1976). *Garcilaso: documentos completos*, Barcelona, Planeta.

Girón, Pedro, (1964). *Crónica del Emperador Carlos V*, ed. Juan Sánchez Montes, con prólogo de Peter Rassow, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Gordonio, Bernardo, (1991). *Lilio de la medicina* (Sevilla, 1495), edd. John Cull y Brian Dutton, Madison, Seminary of Medieval Studies.

Keniston, Hayward, (1911). *Garcilaso de la Vega. A Critical Study of his Life and Works*, New York, Hispanic Society of America.

Kamen, Henry, (2005). *El gran duque de Alba. Soldado de la España imperial*, trad. Castellana por Amado Diéguez, Madrid, La esfera de los libros.

Labrador, José J., C. Ángel Zorita y Ralph A. DiFranco, (1985). «La égloga de Juan Tovar, extenso poema del siglo de oro sobre el amor "que no quiere decir su nombre"», *El Crotalón. Anuario de Filología Española,* 2 , pp. 365-399.

———(1987). «*Soy de los altos duques nieto*. Algo más sobre un clásico realmente olvidado: la égloga de Juan Tovar», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, LXIII, pp. 105-123.

Lapesa, Rafael, (1985). *Garcilaso: estudios completos*, Madrid, Istmo.

López Villalobos, Francisco, (1973). *El Sumario de la medicina con un tratado de las pestíferas bubas*, ed. María Teresa Herrera, Salamanca, Universidad de Salamanca.

Lumsden, Audrey, (1947). «Problems Connected with the Second Eclogue of Garcilaso de la Vega», *Hispanic Review*, 15, pp. 251-271.

Martínez López, Enrique, (1981). «El rival de Garcilaso: 'esse que de mí s'está reyendo'», *Boletín de la Real Academia*, 61 pp. 192-281.

Maltby, William S, (1983) [y 2007]. *El gran duque de Alba. Un siglo de España y de Europa, 1507-1582*, trad. al castellano por Eva Rodríguez Halffter, Madrid, Turner, y Girona, Atalanta.

Mele, Eugenio, (1923 y 1924). «Las poesías latinas de Garcilaso y su permanencia en Italia», *Bulletin Hispanique*, 25 y 26, pp. 108-148, 361-370 y 35-51.

Menéndez Pelayo, Marcelino, (1945). *Antología de poetas líricos castellanos*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1945.

Montero, Juan, (2002). «La égloga en la poesía española del siglo XVI: panorama de un género (desde 1543)», en *Encuentros Internacionales sobre poesía del Siglo de Oro: la égloga*, ed. Begoña López Bueno, Sevilla, Grupo PASO, pp. 196-199.

Morel-Fatio, Alfred, (1905). «La duchesse d'Alba D. María Enríquez et Catherine des Medicis», *Bulletin Hispanique*, VII, pp. 360-386

Morros, Bienvenido, (2008). «Fuentes, fechas, orden y sentido del libro I de las *Obras* de Boscán», *Revista de Filología Española,* pp. 89-123.

Peri, Massimo, (1996). *Malato d'amore. La medicina dei poeti e la poesia dei medici*, Messina, Rubbettino.

Sandoval Fray Prudencio de, (1955-1956). *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*, XIV, 5, ed. Carlos Seco Serrano, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, Atlas, 3 vols.

Riquer, Martín de, (1945). *Juan Boscán y su cancionero barcelonés*, Barcelona, Archivo histórico-Casa del Arcediano.

Roig, Adrien, (1978). «¿Quiénes fueron Salicio y Nemoroso?», *Criticón*, 4, p. 1-36.

Salcedo Ruiz, Antonio, (1907). «El ayo y el preceptor del gran duque de Alba», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XVI, pp. 370-378

Spivakovsky, Erika, (1970). *Son of Alambra: Don Diego Hurtado de Mendoza, 1504-1575*, Texas, Austin.

Stewart y Falcó, Fitz James, duque de Berwick y Alba, (1947). «Biografía de doña María Enríquez, mujer del Gran Duque de Alba», *Boletín de de la Real Academia de la Historia*, CXXI , pp. 1-14.

———(1918). *Contribución al estudio de la persona de don Fernando Álvarez de Toledo, III duque de Alba*, Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública, Madrid.

Tansillo, Luigi, (1996). *Il Canzoniere edito ed inedito secondo una copia dell'autografo ed altri manoscritti e stampe*, ed. Erasmo Percopo, Nápoles, Liguori.

Taranta, Valesco de, (1535). *Practica medicinae que alias Philonium dicitur*, Lyon.

Tapia, (2002). *Obra suya a una partida*, en *Poesía española, 2. Edad Media: lírica y cancioneros*, ed. Vicenç Beltran, Barcelona, Crítica, pp. 684-68

Tejeiro Fuentes, Miguel Ángel, (2003), «La Abadía cacereña o la Academia literaria de los Alba», *Revista de estudios extremeños*, 59, pp. 569-587.

Teresa de Jesús, Santa, (1982). *Obras completas*, edd. Effren de la Madre de Dios y Otger Steggink, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.

Vaquero Serrano, Mª. Carmen, (2002). *Garcilaso, poeta del amor, caballero de la guerra*, Madrid, Espasa-Calpe.

Vega, Garcilaso de la, (1995). *Obra poética y textos en prosa*, ed. Bienvenido Moros, Barcelona, Crítica.

———(1973). *Obras*, ed. Tomás Navarro Tomás, Madrid, Espasa-Calpe.

Vega, Lope de, (1975). *La Arcadia*, ed. Edwin S. Morby, Madrid, Castalia.

Vives, Juan Luis, (1978). *Epistolario*, ed. José Jiménez Delgado, Madrid, Editora Nacional pp. 239-240.

Walley, Pamela, (1979). «Garcilaso, Isabel and Elena: the growth of a legend», *Bulletin of Spanish Studies*, LVI, pp. 11-15.

Zúñiga, Francesillo de, (1950). *Epistolario*, en *Curiosidades bibliográficas*, ed. Adolfo de Castro, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, Atlas.